REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

Año II — BUENOS AIRES, SETIEMBRE 22 DE 1934 — No. 59

VISTO Y OIDO  ¡Qué Nombre para un Apuro!  por PREMIANI

EWAN MAC DONALD ESCRIBIO, COMPUSO, IMPRIMIO, ENCUADERNO e ILUSTRO un DICCIONARIO GAELICO en un SOLO EJEMPLAR QUE SE CONSERVA en el MUSEO de LONDRES.

★

La MANZANA de EVA era un DURAZNO. La BIBLIA NO DICE QUE CLASE de FRUTA ERA, PERO el DURAZNO ERA el FRUTO SAGRADO de la TRADICION BABILONICA, a la QUE PERTENECE la LEYENDA del PECADO ORIGINAL.

Los HOMBRES QUE POSEEN VOZ MAS GRAVE SE HALLAN ENTRE los CAUCASICOS. FACILMENTE EMITEN NOTAS de CONTRABAJO.

☆ ☆ ☆

La PIEL del TIBURON es tan DURA, QUE DESPUES de SECA se MUELE y QUEDA HECHA un POLVO UTILIZABLE para PULIR el DIAMANTE.

El MAS GRANDE VOLCAN en ACTIVIDAD es el MAUNA-LOA en AUSTRALIA.

Al SER VISITADA POR el PRINCIPE JORGE, la ESTACION ESCOCESA LLANFAIR OSTENTO SU VERDADERO NOMBRE, QUE es el SIGUIENTE:

LLANFAIRPWLLGWYNGYLLGOGERYCHWYRNDROBWLLLLANTYSILIOGOGOGOCH



Porque todos sus días son dolores y sus ocupaciones molestias, aún de noche su corazón no reposa.

ECLESIASTES

En los dominios de la Fantasía. Claro de luna.. La sombra de las nubes ronda por la negra montaña, como un rebaño de seres monstruosos. El viento agita los penachos de las hogueras y los penachos de árboles espectrales. Canta un pájaro negro. Matas de brezo y de carrascas, en las cumbres de ingentes peñascos. El poeta y el filósofo — dos hombres rebeldes y astrosos — vienen de muy lejos. El poeta apoya una mano blanca en el hombro del filósofo. El ladrido de los canes y el ulular del aire, muerden la noche.

EL POETA

Tú compañía me consuela como el mar.

EL FILOSOFO

Estoy borracho por mis fracasos.

EL POETA

Ríe, amigo. Sé feliz, como yo, que nada ambiciono.

EL FILOSOFO

Sí, porque duermes mucho, como los malos poetas... Dormir es olvidar.

EL POETA

Este paraje infunde respeto. Hoy he salido de casa para no sentir miedo. No lo cuentes a nadie... Se reirían los poetas de la nueva sensibilidad. Todas las noches, al filo de las doce, siento aldabonazos en mi puerta. Bajo a abrir... nadie.

EL FILOSOFO

Pero si tú no tienes casa.

EL POETA

¡Hombre, sí, me había olvidado! Pero un día la tuve... y familia... y tuve también una novia.

EL FILOSOFO

¿De qué te han valido tus versos?

EL POETA

Con ellos pude reunir una fortuna de sueños. Los horizontes de mi vida son cada vez más azules.

EL FILOSOFO

La vida activa, enérgica, es la única que merece vivirse.

EL POETA

En todo lo que vive y lo que siente ,está la Idea. Creo que no estamos muy seguros del sitio que recorremos.

EL FILOSOFO

Nunca tenemos la seguridad del camino a seguir. Cuando creemos ir por el más recto y fácil, vemos que hay atajos, senderuelos, que nos hacen cambiar el rumbo.

EL POETA

Sueños... recuerdos... anhelos...

EL FILOSOFO

Entusiasmos muertos... reflejos de lo inconsciente...

EL POETA

En verdad que hoy te ha dado por filosofar; aunque nunca dejas el pasto de tus ideas.

EL FILOSOFO

Esta noche habría más novias abandonadas y más desilusiones.

EL POETA

Cuando suenan las doce, los bebedores de sangre infantil, pasarán jinetes en su palo de escoba, para ir a adorar al Murciélago Satán. Todo habla, todo canta. Escuchad. Yo creo en las voces secretas. Escuchad: Sueños... recuerdos... anhelos...

Se esfuman el poeta y el filósofo, a lo largo del sendero. Desaparecen bajo los pinares.

EL RIO

Antes era bella la montaña y eran bellos el cielo y el bosque, porque yo lo decía. La noche todo lo trastorna.

LA NOCHE

Calla, río. No haces más que parlar...

EL SAPO

Déjame con mi nota melancólica.

LA MONTA A

¿Quién trae ese viento de muerte y de sombría desolación? Me nacen plantas extrañas y regiones de sombra.

EL RIO

Mis aguas están muertas.

EL BOSQUE

¡El viento! ¡Que me roba la sangre de los vegetales! ¡Que me roba los pájaros! El cielo es de sangre, y oigo voces de seres sobrenaturales. Los machos cabríos vienen saltando, de piedra en piedra. No pueden con ellos los pastores ni los canes blancos.

EL RIO

Es que están dando las doce. Siento en el agua las campanadas.

Pasa una tropa de mozos y mozas.

El andar garboso, la risa jocunda.

UNA ZAGALA

La bruja me dió mal ojo de ojo y bebedizos. Tiene en su casa montones de culebros monstruosos.

UN LABRANTIN

No seas enemiga, con tu hermana. Mira que no somos más que un poco de carne con un soplo de vida.

UNA ZAGALA

Pero tenemos la facultad de pensar. ¡Ay, que tenía un anillo de boda y esta noche lo perdí! ¿Tú, quién eres?

UN LABRANTIN

Yo soy mozo, por eso me llaman amor. ¡Avergüénzate, avergüénzate, amiga! La vida es corta, ama, ahora que tienes tiempo. El destino siempre es un enigma. Vente conmigo, que tu alma es un torbellino. Si todo es sueño y humo, vivamos el instante presente, antes que nuestros cuerpos sean putrefacción.

POR ALEJANDRO de ISUSI

ILUSTRACION de PASCUAL GÜIDA

El Mensaje

★

POCAS veces se ha derrochado tanto ingenio y astucia por parte de los miembros del servicio secreto de las distintas potencias como en la época que precedió a la gran guerra europea.

La intrincada red formada por espías y contraespías de todos los países, constituía una maraña tal, que había que estar en el asunto y poseer gran experiencia y sagacidad para poder dar con el hilo, que desenredado, fuera una clave capaz de llevar al foco mismo de las intrigas.

Como existían tratados de alianza entre las distintas naciones europeas, las líneas, puede decirse, estaban maerialmente tendidas y por lo tanto es necesario decir que el servicio secreto británico se las tenía que ver con los agentes al servicio de los imperios centrales.

Puede afirmarse que en los años anteriores a 1914, en medio de una calma aparente se libraban en casi todas las grandes capitales, verdaderas batallas en las que había que desplegar alardes de táctica y en las que no faltaron ni siquiera las consiguientes víctimas. Naturalmente que toda esta acción se desarrolló en el secreto más absoluto, en medio de una carencia total de publicidad y conocida por tanto únicamente por los interesados, los que verdaderamente formaban legión.

Sus actividades aparentes no podían ser más inofensivas y bien distintas por cierto de las reales. Amanuenses, banqueros, manicuras, barrenderos, disimulaban a agentes peligrosos, cuya verdadera situación en el escalafón no corría pareja con la importancia social de su fingida ocupación o empleo.

Su acción se desplegaba especialmente alrededor de los arsenales, ministerios, talleres navales y del ejército, laboratorios químicos del Estado, altos comandos, etc.

En Londres, por su importancia indudable como cabeza del Imperio Británico, se habían congregado verdaderos ejércitos de espías extranjeros y de los más calificados por cierto.

El servicio de contraespionaje inglés no quedó sin duda a la zaga y era difícil que ninguno de los numerosos agentes enviados del exterior llegaran al país, sin que su arribo fuera previamente conocido.

Una vez identificado y de acuerdo a su categoría, era sometido a una vigilancia que ellos mismos no desconocían pero que trataban de burlar.

Sus tareas comprendían dos fases distintas; la obtención del informe, en primer lugar y su envío a la respectiva cancillería.

Para la segunda, se valían de claves complicadas, criptogramas, tintas invisibles, y en fin, de cuanto medio, a veces hasta inesperado, se ponía a su alcance.

La labor de los encargados de anular estas actividades se dirigía, por lo tanto, a evitar que se obtuvieron datos erróneos y darles apariencia de verdaderos, y por último, a malograr la comunicación del agente con su superior, en caso de haberse fracasado en la tarea de mantener secreta una información de importancia.

Entre los medio de represión debía descartarse, casi en absoluto, la violencia, para evitar reclamaciones diplomáticas, y en caso de recurrirse a ella, rara vez dejaron de revestir el aspecto de simples accidentes.

El señor Hans Steiner, era gerente de la sucursal en Londres del Nordeutscher und Frankfürter Bank. Poseía lo que los franceses denominan "le physique du role". Era obeso y rubicundo, vestía con la corrección adecuada a su cargo, meticuloso en sus costumbres y nada podía reprochársele en sus actividades dentro del mundo de la banca. La sonrisa con que atendía a sus clientes no podía parecer más natural y su monóculo integraba sus facciones y completaba su personalidad tanto como su blanco chaleco eternamente impecable.

Para quien no estuviera al tanto de sus verdaderas actividades, parecíale imposible que su imponente físico y su amabilidad jamás desmentida, fueran la máscara que velaba la personalidad terrible de uno de los más peligrosos personajes del mundo secreto del espionaje.

Sus labores aparentes hacían perfectamente naturales sus entrevistas secretas con muchos de sus connacionales, algunos de ellos verdaderos clientes del Banco y otros colegas del Servicio, los que para justificar sus visitas no sólo tenían cuentas corrientes en la institución sino que algunos de ellos eran apremiados por el pago de alguna letra girada y concurrían al despacho del gerente con aire humilde para solicitarle una prórroga, o furiosos por la falta de consideración para con sus compatriotas en desgracia.

Una vez en la gerencia, desaparecían estos estados de ánimo aparentes y la confidencia o la información pasaban del falso cliente en desgracia al implacable gerente, quien no tardaba en trasmitirla a su cancillería.

Su misión no era obtener datos de su propia fuente sino los obtenidos por los demás agentes.

Naturalmente que debió transcurrir algún tiempo antes de que el servicio secreto británico llegara a descubrir cuál era la verdadera función que desempeñaba dentro de la organización. Se llegó a sospechar de sus verdaderas actividades más que por su conducta por la personalidad de algunos de sus clientes, que fueron reconocidos como agentes del servicio exterior.

Su vida y sus costumbres fueron vigiladas y no daba un paso que no fuera cuidadosamente observado por alguno de los agentes ingleses y jamás dió motivo a sospechas por sus propias actividades.

Como algún papel, parecía evidente, debía desempeñar en la organización, aquél no podía ser sino agente de contacto o encargado de la transmisión de las informaciones obtenidas por los demás.

Que era agente de contacto, ello ni se discutía, pero el otro aspecto de su misión puso a prueba la sagacidad y la astucia de los peritos en descubrir claves o sistemas secretos de comunicación.

Una vez sospechado, ni una de las cartas que se despachaban desde la sucursal al Banco central y viceversa, dejó de ser cuidadosamente revisada y reenviada sin que pudiera encontrarse rastros de la inspección.

Para evitar demoras, se procedía a fotografiar los documentos contenidos dentro de los sobres y los originales, una vez sometidos a pruebas para descubrir la probable existencia de escritura con tinta simpática, eran enviados a su destino.

Los textos fotográficos eran objeto del más severo estudio por peritos especializados en criptografía, claves numéricas y de cualquier clase, cribas, etc. y no fué posible en ningún caso hallar trazas de escritura que no fueran del texto visible del documento.

Después de algún tiempo se entró a sospechar que tal vez no fuera la correspondencia oficial del Banco ni la particular del gerente, la que se utilizaba para la transmisión de los mensajes, y ello dió lugar a que fuera sometida a igual revisación la de los empleados del establecimiento.

Los técnicos del laboratorio y los peritos de la oficina de traducciones e investigaciones, tuvieron que confesar que en el caso improbable de que se enviaran mensajes en la correspondencia inspeccionada, sus medios de investigación eran insuficientes para descubrirlos o descifrarlos.

Mientras tanto, los agentes ingleses destacados en el continente, comprobaban que nunca fué tan eficaz y regular la comunicación de noticias procedentes de la Gran Bretaña como desde el momento en que Herr Steiner empezó a desempeñar el cargo de gerente de la sucursal londinense del Norddeutscher und Frankfürter Bank.

A su vez, el tráfico de noticias secretas provenientes del continente, que recibían los agentes extranjeros en Londres, se comprobó que se realizaba en forma perfecta.

Un dato de enorme importancia pudo al fin descubrirse, que fué un débil rayo de luz en las profundas tinieblas que envolvían todo el asunto.

Llegó a comprobarse que la llegada de noticias y sus correspondientes repercusiones en las actividades en que Otto Schmidt — el soñoliento ordenanza del Banco — enviaba largas y enternecedoras cartas a su anciana y querida madrecita, quien residía en una pequeña localidad prusiana.

Idéntica actividad se notaba en los agentes extranjeros en



Londres, los días en que el rostro del dolorido ordenanza se iluminaba un poco con las noticias reconfortantes que recibía de la anciana autora de sus días.

Estas coincidencias hicieron recaer toda la atención del servicio secreto sobre la angelical correspondencia familiar del subalterno empleado del Banco.

Los temas tratados en estas cartas, no eran sino estrictamente familiares; añoranzas del hijo, frases cariñosas de la madre, noticias sobre el estado de las gallinas, inquietudes por la salud precaria de la vaca, temas en fin, que no podían ser más opuestos a lo que se preveía que debían contener las cartas sospechadas.

En este estado de cosas, fué designado para dirigir la investigación del asunto, el coronel C. H. Brackembury, quien se había destacado al frente del servicio secreto en la India Británica.

No era por ciento perito en descifrar claves ni escrituras secretas e ignoraba por completo la química aplicada a esta clase de investigaciones.

Después de estudiar los pormenores del asunto, dejando de lado todo lo inadmisible y aceptando lo posible únicamente, llegó a ciertas conclusiones lógicas



que aceptó después de someterlas al más profundo de los análisis.

El hecho de que a raíz de la recepción de una carta familiar por parte del ordenanza del Banco se produjera un nuevo rumbo en las actividades de los agentes extranjeros, podía ser una casualidad. Pero si ese fenómeno se repetía siempre con iguales consecuencias, ya ello daba lugar a establecer una relación de causa a efecto entre ambos acontecimientos que bien podía sustentar sólidamente una teoría

Así pues, aceptó como válida la suposición de que la correspondencia del ordenanza era el vehículo de comunicación utilizado por los agentes del servicio extranjero.

Aceptada la primer premisa, se trataba de hallar la clave de que se valían los informantes para transmitir sus mensajes con tanta sutileza.

La mayor parte de las cartas iban certificadas, lo que hacía imposible, a menos de despertar las sospechas del enemigo, retenerlas por un plazo demasiado largo a fin de ser sometidas a un análisis exhaustivo.

Prescindiendo de los servicios de los expertos, que confesaban la imposibilidad de descubrir cosa anormal alguna en dicha correspondencia, decidí aplicar sus propios métodos: la lógica, la verdadera lógica.

Durante varios días pensó fuerte en el problema, sin disponer de más elementos de juicio que los conocidos, y cuando llegaba al agotamiento material, distraía su ánimo con temas y personas ajenos por completo al asunto que lo preocupaba y dejaba así trabajar en libertad a su yo subconsciente.

Un día en que conversaba con un amigo que ejercía un cargo técnico en una empresa de radio comunicaciones, trató de interesarse en el tema que aquél desarrollaba y que era relativo a lo obtención del secreto necesario en las comunicaciones inhalámbricas.

—Debemos tratar de conseguir que esta clase de comunicados — sostenía el ingeniero — sean tan inaccesibles a la curiosidad ajena como lo es la correspondencia bajo sobre... Es necesario descubrir el "sobre" inalámbrico.

Su interlocutor, al escuchar esta opinión, dejó escapar una exclamación entrecortada de satisfacción que el ingeniero interpretó erróneamente como de aprobación de su teoría.

Nada m;s equivocado, sin embargo, que tal interpretación.

En ese momento, la verdad, toda la verdad se le representó y el asunto que lo preocupaba dejó casi por completo de interesarlo. Sólo necesitaba la comprobación de lo que consideraba la única explicación posble.

Llegado a la oficina, tomó uno de los mensajes y después de algunos manipuleos a que lo sometió, fué a entrevistarse con su jefe, no pudiendo ocultar una sonrisa de satisfacción que hacía algún tiempo estaba ausente de su rostro.

Acabo de descifrar el misterio que rodeaba al asunto de los mensajes secretos enviados por Otto Schmidt a su corresponsal. Empezó:

—¿Quiere Vd. decir...? — vaciló el jefe.

—Que acabo de leer el primero de los mensajes que se ha podido interpretar.

—Pero... ¿qué fórmula química ha aplicado usted?

—La única fórmula que he aplicado es una fórmula lógica. A fin de no perder un tiempo que estimo precioso le explicaré en breves palabras cuál ha sido el método empleado.

A continuación, lo puso al corriente de los pormenores de la conversación sostenida con el ingeniero.

—Y bien — respondió el superior —, ¿no querrá usted hacerme creer que la frase final pronunciada por su amigo encierra la fórmula que solucionó el problema?

—Sin embargo, así es.—Fué la respuesta del coronel.

—Según eso, el mensaje iba escrito en el sobre... le anticipo que los sobres de todas las cartas sospechosas han sido sometidos a procedimientos tendientes a descubrir escrituras secretas y nada de anormal se ha hallado en ellos.

—No obstante eso, acabo de leer el primer mensaje. Una de las reparticiones públicas de las que con justo motivo se enorgullece la Nación, ha concedido involuntariamente el salvo conducto a los mensajes perseguidos.

—Según eso...

—Los mensajes estaban ocultos tras las estampillas postales. Al levantar ésta sólo hallé el papel ligeramente engomado, pero sometido a un leve recalentamiento, apareció la escritura que aquí ve, exclamó entregando un sobre al jefe.

La sorpresa de su interlocutor corría pareja con la alegría que el triunfo le proporcionó. Emocionado, dió un fuerte apretón de manos al coronel, dando a este sencillo acto la valoración de un rito que tradujera su profunda admiración.

—Pero... ¿cómo diablos pudo ocurrírsele mirar debajo de la estampilla? — exclamó al fin.

—Cuando mi amigo, el ingeniero, me habló de los sobres y de la necesidad de evitar la curiosidad ajena, se me ocurrió la solución. Mi razonamiento fué éste: ¿Cómo ocultar el contenido de una carta? Resguardándola dentro de un sobre. ¿Cómo ocultar en parte ese sobre? Resguardándolo detrás de la estampilla. El sistema es habilidoso y sutil, pues la cosa más natural del mundo es hallar un sobre con la estampilla correspondiente. Sin embargo, si el sobre oculta el secreto de la carta, la estampilla puede ocultar el secreto del sobre. Nada pasa mas desapercibido en una carta que la estampilla postal, pues tiene los requisitos indispensables para ser psicológicamente invisible: es habitual y monotona... Sobre todo si, como el caso actual, carece de valor filatélico.

—Aunque en general — terminó Brackembury — no se reconoce en los individuos de la raza germánica verdadero sentido del "humour" a la manera inglesa y menos aun se les atribuye ese "esprit" tan alabado en los franceses, hay que reconocer que, al menos esta vez, han añadido a la astucia un efecto de verdadera y sana ironía: la propia efigie de Su Majestad Británica protegiendo los mensajes transmitidos por los enemigos del Imperio.

POR

CARLOS PEREZ RUIZ

ILUSTRACION DE SORAZABAL

Aguafuertes

¡Sola!

Hospital Muñiz. Dia de visita. Visitantes de familia y relaciones. He ido a ver a un viejo amigo, a quien lo están agotando los bacilos de Koch. Su fin, es cuestión semanas; de días; de horas...

Salgo de allí, impresionado de ver tantos enfermos de pulmones averiados con ansias de vivir... Algunos parecen que no lo estuvieran, pues sus semblantes afiebrados dan la impresión de salud.

El sol declina. Ese sol con que tanto han gozado los enfermos en los corredores de los pabellones, recostados en sus tarimas...

Cruzo los jardines contemplando la arboleda que está rejuveneciendo en sus yemas en gesta. Se avecina la Primavera con su cortejo de flores. He pensado que muchas vidas de allí la esperan, pero será tarde...

Al salir, ya en la calle, me detengo pensativo frente al portón, esperando un ómnibus que me lleve al centro.

De pronto, un llanto profundo llega a mis oídos, sacándome del abismamiento en que estaba. Es una viejecita, ya encorvada por los años. Lleva una canasta. Ha salido del hospital y, cruzando la calle atraviesa un solar con paso lento, como sin rumbo, escuchándose, a la distancia, aquel llanto doloroso.

Indago informes al portero indiferente, y me dice que es una madre viuda, que al venir a ver a su único hijo, ha recibido la noticia de su muerte. Mejor dicho, la ha presentido, al decirsele que lo han llevado a otro lado, muy grave...

¡Pobre madre! Venía tan contenta con su canastita de golosinas.

Me angustia el pensar en los sufrimientos de aquella viejecita que quizás hubiera dado su vida por salvar la de su hijo. ¡Sarcasmo de la vida! El, en plena juventud, se va... Ella, ya en su ocaso, se queda sola, solita.

Subo al ómnibus. Me ubico del lado de la ventanilla, y al alcanzar a la viejecita el coche, siento nuevamente su llanto hondo, llenándome de angustia el alma.

¡Borracho!

Calle céntrica. En la esquina, almacén y despacho de bebidas. En un rincón, sentado junto a una mesa, frente a una copa, un hombre está en honda meditación. De cuando en cuando, atisba a través de los cristales de la ventana, para la calle, como deseando ver a alguien a quien espera. De pronto, se para y se dirige hacia la puerta que da al despacho de comestibles.

Por la esquina, ha entrado una muchacha con dos criaturas. Estas, al ver al hombre, exclaman:

—¡Papito!

—¡Pocholo! ¡Porota! — dice el hombre, besándolas.

La muchacha que los acompaña, alza del mostrador lo que ha pedido, diciendo:

—¡Vamos, chicos! — y dirigiéndose al hombre que en ese momento pide caramelos para las criaturas, le increpa:

—La señora no quiere que usted converse con ellos.

—Digale a la señora, que yo no quiero otra cosa, y sin embargo...

La sirvienta tironea a los chicos para llevárselos, pero ellos se aferran por permanecer con el padre. Ella se va malhumorada, previendo un reto de su patrona.

El padre los lleva al rincón donde estaba, sentándolos en sus rodillas. Su apenado semblante, ha cambiado de expresión, irradiando felicidad.

Al rato, aparece ante él una mujer que lo mira despreciativamente, dejando entrever un carácter irascible.

Los chicos al verla, imploran:

—¡Yo me quelo con papito! — dice Pocholo.

—¡Yo no voy, agüelita! — replica Porota.

—¡Cómo que no! ¡No faltaba más dejarlos con ese borracho! — dice la abuela, llevándose los chicos a los tirones, que llorando forcejean por desprenderse de las garras, gritando:

—¡Yo me quero quelar con papito!

El hombre se ha vuelto a su rincón, murmurando entre sí:

—¡Borracho... y ésta es la única copa que he tomado!

Su semblante, vuelve a cubrirse de sombras, y llamando al mozo, exclama:

—¡Deme una ginebra!

¡Sin Pan!

Tarde de sol. La plaza es una algarabía de niños que juegan. A mi lado, en el banco, se ha sentado un hombre de aspecto humilde, al parecer rendido de andar por esas calles. En su semblante hay huellas de sufrimientos.

Hemos cambiado algunas palabras acerca del tiempo. Luego, silencio prolongado, en que el hombre pareciera dejar vagar su pensamiento, mientras queda con la vista fija en algo que no mira.

Saco cigarrillos y lo invito.

—¿Desea fumar?

—E... buono. Vamo a fumare.

Echa unas bocanadas, y me dice:

—Molto caminare y niente de trabaco. ¡Porca América!

—No es solamente aquí: en Europa es mucho más la desocupación — le contesto consoladoramente.

—Cuelo e vero. Sono salito de la mia casa in Liniers, cuesta matina. Tute le matina facho lo'steso, e ¡niente!, non poso trovare trabaco.

—¿Qué oficio tiene?

—Albañile. Ma io trabacaria di cualunque cosa

—¿Tiene familia?

—Mia moglie e chincue ragazzi. Se non fose per il lichero, paisano nostro, non potevamo anque manyare.

Le ofrezco un par de monedas de mi exhausto bolsillo, pero el hombre se siente humillado, y no quiere tomarlas. Insisto en que las tome, diciéndole:

—Aunque sea para el tranvía.

—Gracie tante — me dice tomándolas, y se levanta del banco saludándome.

Lo veo perderse calle arriba, pensando en la tragedia de aquel hogar proletario donde espera una mujer resignada y en donde quizás falta hasta ese pedazo de pan que suele verse por las mañanas en los tachos de basuras.

¡Muerto!

Barrio de suburbio. Amanece. En la calle se sienten los primeros rodados. Omnibus y tranvías que han de llevar obreros a las fábricas.

En la pieza de un conventillo está un hombre como de cuarenta y cinco años, preparando los enseres para tomar mate, mientras se calienta el agua en un calentador. Es día de quincena y está contento. ¿Para qué? Si el panadero, almacenero y carbonera se lo han de llevar todo. No obstante se pasea por la habitación, y a veces hasta silba, olvidándose que hay allí seres que duermen aún.

La mujer desde la cama le increpa:

—¡Pero José, no silbés que vas a despertar a los chicos!

—Disculpá: no me daba cuenta. — le responde el esposo, a la vez que empieza a cebarse unos mates.

Poco después, besa a los chicos, y dándole una palmadita en las mejillas a su compañera, dice:

—¡Hasta luego, vieja!

—¡Hasta luego; no vengás tarde. — le responde ella.

Cierra la puerta y sale del conventillo a la calle, donde a pocas cuadras toma un tranvía repleto de obreros.

. . . .

Unas horas antes de mediodía, un agente de policía golpea la puerta del conventillo, preguntando por la esposa del obrero José Giménez.

La encargada le señala una mujer que está lavando frente a su pieza. El agente, ante la curiosidad de los vecinos, se dirige hacia ella algo vacilante por la triste misión que lleva. Ella, secándose las manos, indaga sorprendida:

—¿Qué ha pasado?

—Su esposo, señora, ha sido víctima de un accidente de tráfico, esta mañana al bajar del tranvía.

—¿Está herido?

—Sí. Muy grave, en el hospital..

La mujer, que ha comprendido en las vacilantes palabras del agente la terrible verdad, cae desmayada.

Los chicos, intuyendo una desgracia, se agarran de la madre, exclamando entre sollozos:

—¡Mamá! ¡Mamita!

BRUNO GOMEZ

La Mariposa que Pisó Fuerte

POR
RUDYARD KIPLING
ILUSTRACION DEL AUTOR

ESTE, oh mi queridísimo, es un cuento — un nuevo y maravilloso cuento — un cuento muy diferente de los otros cuentos — un cuento sobre el Sapientísimo Soberano Suleimán — ibn— Daúd — Salomón, hijo de David.

Hay trescientos sesenta y cinco cuentos sobre Suleimán—ibn —Daúd, pero éste no es de esos. No es el cuento de la Upupa (o abubilla) que dió sombra a Suleimán—ibn Daúd, ni el cuento del piso de vidrio, ni el del rubí del agujero torcido, ni el de las barras de oro de Balkis. Es el cuento de la mariposa que pisó fuerte.

¡Ahora, atiende bien otra vez y escucha!

Suleimán—ibn—Daúd era sabio. Calaba lo que decían las bestias y los pájaros y los peces y los bichos. Calaba lo que decían las rocas en lo hondo bajo la tierra, cuando se estrujaban entre sí, gimiendo; y calaba lo que decían los árboles cuando susurraban en medio de la mañaña. Calaba todo, desde el obispo en su cátedra hasta el hisopo en su muro; y Balkis, su principal esposa, la bellísima reina Balkis, era casi tan sabia como él.

Suleimán — ibn — Daúd era fuerte. En el tercer dedo de su diestra llevaba un anillo. cuando lo giraba una vez, Afrites y Jines salían de la tierra para hacer todo lo que él mandara; cuando lo giraba tres veces, el grandísimo Angel Azrael de la espada venía vestido de aguador a contarle noticias de los tres mundos, — arriba, abajo y aquí —. Sin embargo, Suleimán—ibn—Daúl no era orgulloso. Muy rara vez alardeaba, pero luego se arrepentía. Una vez trató de dar de comer en un día a toda la fauna del mundo, pero cuando toda la comida estuvo pronta, un Animal subió del fondo del mar y devoró todo en tres bocados.

Suleimán—ibn—Daúd se sorprendió mucho y dijo: "Oh Animal ¿quién eres?" y el animal dijo: "Oh rey, ¡que vivas sin fin! Soy el menor de los treinta mil hermanos, y habitamos el fondo del mar. Oímos que ibas a dar de comer a toda la fauna de todo el mundo, y mis hermanos me enviaron a preguntar cuándo estaría la comida".

Suleimán—ibn—Daúd se sorprendió más que nunca y dijo: "Oh Animal, ¡comistes todo el banquete que aprontó para toda la fauna del mundo!", y el animal dijo: "Oh rey, ¡qué vivas sin fin! ¿Pero de veras llamas a ésto banquete? Allá de donde vengo comemos el doble cada uno entre las comidas" Entonces Suleimán—ibn—Daúd se postró con la cara al suelo y dijo: "¡Oh Animal! Quise dar ese banquete para mostrar qué grande y rico rey yo era, y no de veras por bondad. Ahora me avergüenzo, y me lo merezco". Suleimán—ibn—Daúd era realmente sabio, mi queridísimo: después de eso nunca olvidó que es tonto el alardear; y ahora empieza mi verdadero cuento.

Suleimán—ibn—Daúd se casó con tantísimas mujeres. Tuvo novecientas noventa y nueve esposas, además de la bellísima Balkis, y todas vivían en el gran palacio de oro en medio de deliciosos jardines con muchas fuentes. En realidad no necesitaba novecientas noventa y nueve esposas, pero en aquellos días todos se casaban con muchas mujeres, y por supuesto el rey debía tener tantísimas más sólo porque era el rey.

Algunas de sus mujeres eran amables, pero otras eran odiosas, y las odiosas riñendo con las amables las ponían odiosas también, y todas juntas reñían luego con Suleimán—ibn—Daúd, y eso era odioso. Pero Balkis la bellísima, nunca reñía con él: lo amaba demasiado. Se sentaba en sus habitaciones del Palacio de Oro, o paseaba en el jardín, y se apenaba por él de veras. Claro que si hubiera querido girar su anillo en su dedo, y llamar a los Afrites y Jines, éstos con súbita magia hubieran convertido a todas esas novecientas noventa y nueve esposas en mulas blancas del desierto o en galgos o en semillas de granada;pero Suleimán—ibn—Daúd creía que eso sería alardear. Así que cuando ellas reñían demasiado se iba solo a pasear a un lado de sus bellos jardines y deseaba no haber nacido nunca.

Un día, cuando habían reñido ya tres semanas seguidas, todas las novecientas noventa y nueve juntas, Suleimán—ibn—Daúd salió a buscar paz y calma como solía; y entre los naranjos encontró a Balkis la bellísima muy afligida con la aflicción del rey, la que le dijo: "¡Oh mi Señor y Luz de mis ojos!, gira el anillo en tu dedo y muéstrales a esas reinas de Egipto y Entre Ríos de Asia y Persia y China que eres el rey grande y terrible". Pero Suleimán—ibn—Daúd meneó la cabeza y dijo: "¡Oh mi Dama y Delicia de mi vida!, recuerda al Animal que salió del mar y me avergonzó ante toda la fauna de todo el mundo por mi alarde. Ahora, si yo alardeara ante reinas de Egipto y Entre Ríos de Asia y Persia y China y Abisinia, sólo porque me ofligen y riñen, quizá tuviera que avergonzarme luego más que nunca"

Y Balkis la bellísima dijo: "¡Oh mi Señor y Tesoro de mi alma! ¿qué harás, pues?

Y Suleimán—ibn—Daúd dijo: "¡Oh mi Dama y Dicha del corazón, seguiré soportando mi destino, a mano de esas novecientas noventa y nueve reinas!" Y siguió su paseo entre lirios y rosas y jenjibres de fuerte olor, hasta el gran alcanforero que llamaban el de Suleimán—ibn—Daúd. Pero Balkis se ocultó entre los manchados bambúes y los altos lirios tras el alcanforero, para estar cerca de su único amor, el rey. Al rato, dos mariposas revoloteaban bajo el árbol, riñendo, y Suleimán—ibn—Daúd oyó que el uno decía a la otra: "Me asombran tus pretensiones, ¡hablarme así! ¿No sabes que si yo pisara fuerte, nomás, todo el palacio de oro del rey y este jardín desaparecerían de repente en un gran trueno?".

Entonces Suleimán — ibn — Daúd olvidó sus novecientas noventa y nueve fastidiosas mujeres y rió, hasta que hizo sacudirse al alcanforero, de la jactancia del mariposo. Y extendió su dedo y dijo: "Hombrecito, ven aquí".

El mariposo se aterró, pero pudo volar hasta la mano de Suleimán—ibn—Daúd, y se posó, abanicándose con sus alas. El rey inclinó su cabeza y le murmuró, muy suave: "Hombrecito, sabes bien que todas tus pisadas y pateos no doblarán ni una hoja de pasto, ¿por qué mientes así a tu esposa? — pues sin duda es tu esposa".

El Mariposo miró a Suleimán —ibn—Daúd y vió los ojos del sapientísimo rey destellar como estrellas en noche de escarcha, y animándose y ladeando su cabecita dijo: "¡Oh rey, vive sin fin! Ella es mi esposa, ya sabes lo que son ellas".

Suleimán—ibn—Daúd sonrió entre su barba y dijo: "Sí, ya lo sé, hermanito".

"Hay que ponerlas en orden de algún modo", — dijo el Mariposo, "y ella estuvo riñendo desde la mañana: dije eso para aquietarla".

Y Suleimán—ibn—Daúd dijo: "Ojalá eso la aquiete. Vuelve a tu esposa, hermanito, que yo oiga lo que decís".

Voló a su esposa otra vez el Mariposo, que estaba temblando de terror detrás de una hoja, y ella le dijo: "¡Te oyó! ¡Suleimán—ibn—Daúd mismo te oyo! ¿Que me oyó?", dijo él, "por supuesto, si lo dije adrede".

"¿Y él que te dijo? ¡Oh! ¿Qué te dijo?

"Bueno", dijo el Mariposo, abanicándose con sus alas como gran personaje, "entre nosotros —por supuesto que me lo explicó, pues su palacio le habrá costado mucho y las naranjas están recién madurando — me pidió que no pisara fuerte, y le prometí que no".

"¡Oh Dios mío!" dijo su esposa, y se quedó bien quieta, pero Suleimán—ibn—Daúd rió a carcajadas hasta llorar ante el descaro del pícaro mariposito.

Balkis la bellísima estaba detrás del árbol entre lirios rojos y sonrió para sí, pues había oído toda la charla. Pensó: "Si soy ducha puedo aún salvar a mi Señor de la persecución de esas odiosas reinas", y extendió su dedo y murmuró muy suave, a la esposa del Mariposo: "Mujercita , ven aquí" Upa subió la Mariposa, muy asustada, y se puso en la bella y blanca mano de Balkis. La reina inclinó su hermosa cabeza y murmuró: "Mujercita, ¿crees lo que tu esposo acaba de decirte?

La Mariposa miró a Balkis, y vió los ojos de la bellísima reina que brillaban como agua quieta espejeando estrellas, y animándose dijo: "¡Oh reina, sé siempre bella! Tú sabes cómo son los hombres".

Y la sapientísima reina Balkis de Saba se llevó la mano a sus labios para ocultar una sonrisa y dijo: "Hermanita, yo lo sé".

"Se enojan por nada, pero tenemos que darles la razón siempre, oh reina", dijo la Mariposa abanicándose veloz con sus alas".

"La mitad de lo que dicen no es verdad. Si a mi esposo le place que yo crea que él puede hacer desaparecer el palacio de oro de Suleimán—ibn—Daúd con sólo pisar fuerte, seguro que a mí no me importa nada. Mañana habrá olvidado todo ya".

"Hermanita", dijo Balkis, "tienes mucha razón, pero la próxima vez que se jacte de su poder, tómale la palabra. Pídele que pise fuerte y mira si sucede algo. Ya sabemos cómo son los hombres, ¿No? ¡Quedará muy abochornado!

Se voló la Mariposa hasta su su esposo, y en dinco minutos reñían peor que nunca.

"Recuérdate", dijo el Mariposo, "recuerda lo que puedo hacer si piso fuerte".

"No te creo ni pizca", dijo la la Mariposa. "Me gustaría verlo. Supongamos que pisaras fuerte ahora".

"Prometí a Suleimán—ibn—Daúd que no lo haría nunca", dijo el Mariposo, "y no quiero romper la promesa".

"No importaría si lo hicieras", dijo su esposa, "no podrás doblar ni una hoja de pasto con tus pisadas y pateos. Te desafío a que lo hagas. ¡Pisa fuerte, pisotea, patalea!"

Suleimán—ibn—Daúd, sentado bajo el alcanforero oyó todo, y rió como nunca habrá reído en su vida. Olvidó todas sus reinas; olvidó al Animal salido del mar; olvidó todo de sus alardes. Sólo reía con toda su dicha, y Balkis, del otro lado del árbol, sonreía porque su único amor era dichoso.

Luego el Mariposo, muy acalorado e hinchado, vino como un torbellino, a la sombra del alcanforero y dijo al rey: "¡Ella quiere que yo pise fuerte! ¡Quiere ver qué sucederá, oh Suleimán—ibn—Daúd! Sabes que no puedo hacerlo, y entonces ella no me creerá más ni una palabra. ¡Se reirá de mí hasta el fin de mis días!".

"No, hermanito", dijo Suleimán—ibn—Daúd, "no se reirá de tí nunca más", y giró el anillo en su dedo, no por alardear, sino sólo por complacer al mariposito, y ¡he aquí que cuatro inmensos Jimes salieron de la tierra!

"Esclavos", dijo Suleimán — ibn—Daúd, "cuando este señor que está en mi dedo" (donde estaba el descarado Mariposo) "pise fuerte con su primer pata izquierda, haréis que desaparezca mi palacio y estos jardines en un gran trueno. Y cuando pise fuerte otra vez traeréis todo a lo de antes, con cuidado".

"Ahora, hermanito", dijo, "vuelve a tu esposa y pisa fuerte cuanto quieras".

Se voló el Mariposo hasta su esposa, que estaba gritando: "¡te desafío que lo hagas! ¡Pisa fuerte ahora! ¡Pisotea, patea, patalea!"

Balkis vió a los cuatro inmenmensos Jimes agacharse a los cuatro ángulos de los jardines con el palacio en medio, y aplaudió con sus suaves manos y se dijo: "¡Al fin Suleimán—ibn—Daúd hará para un Mariposo lo que hace mucho debía haber hecho para sí, y cómo se asustarán las odiosas reinas!"

Entonces el mariposo pisó fuerte. Los inmensos Jines de un tirón arrancaron palacio y jardines hasta mil millas (marinas) al aire ,afuera de la atmósfera: hubo un horrísono trueno y todo quedó negro como tinta.

La Mariposa aleteaba en la oscuridad sin rumbo, llorando: "¡Oh! ¡Seré siempre buena! ¡Siento tanto haber hablado! ¡Haz volver los jardines, mi queridísimo esposo, y nunca te contradiré!"

El Mariposo estaba casi tan asustado como su Mariposa, y Suleimán—ibn—Daúd rió tan hondo que pasaron minutos antes que hallara bastante aire para murmurar al mariposo: "Pisa otra vez, hermanito. Devuélveme mi palacio, grandísimo mago".

Sí, devuélvele su palacio", dijo la Mariposa, todavía aleteando en la oscuridad como una polilla. "Devuélvele su palacio y no hagamos mas magias horribles".

"Bueno, querida", dijo el Mariposo, tratando de ser valiente como podía, "mira a lo que lleva tu carácter. Es claro que para mí no tiene importancia esto, ya estoy acostumbrado a estas cosas, pero como un favor a tí y a Suleimán—ibn—Daúd no tengo inconveniente en arreglar las cosas como antes".

Así pisó fuerte otra vez, y al mismo instante los inmensos Jimes posaron el palacio y los jardines, sin el mínimo golpe. El sol volvió a brillar en los naranjos vesdeoscuros; las fuentes juguetearon entre los botos róseos de Egipto; los pájaros siguieron sus cantos; y la Mariposa cayó y quedó de un costado, aleteando apenas y jadeando. "¡Seré buena! ¡Seré siempre buena!"

Suleimán—ibn—Daúd no podía hablar, casi sofocado de risa. con el dedo al Mariposo y dijo: "Oh gran brujo, para que me devuelves mi palacio si al mismo tiempo me matas de risa!"

Entonces vino un tremendo clamor, pues todas las novecientas noventa y nueve reinas se lanzaron fuera del palacio chillando, aullando y llamando a sus nenes. Bajaron corriendo la gran escalinata de mármol bajo la gran fuente, en filas de a cien y la sapientísima Balkis se adelantó majestuosa al encuentro y dijo: "¿Qué os turba, oh reinas?"

Se pararon en la escalinata de mármol, en filas de a cien, y gritaron: "¿Qué nos turba? Vivíamos pacíficas en nuestro palacio de oro, según costumbre, cuando de repente desapareció el palacio, y quedamos en una oscuridad fétida y dañina, y tronaba, y Afrites y Jines se movían por la oscuridad! Eso nos turba, oh reina principal, y estamos en extremo turbadas por esa turbación que nos turba más que lo más turbador que nos turbó jamás".

Entonces Balkis la bellísima reina — la más amadísima de Suleimán—ibn—Daúd — reina que era de Saba y de Sabá y de los Ríos de oro del Sur — del desierto de Zin a las Torres de Zimbabue — Balkis, casi tan sabia como el sapientísimo Suleimán—ibn—Daúd mismo dijo: "¡No es nada, oh reina! Un Mariposo se querelló contra su esposa porque reñía con él, y plació a nuestro Señor Suleimán—ibn—Daúd darle una lección a ella, de humildad y de buenos modos y palabras, pues eso se cuenta como virtud entre mariposas esposas".

Entonces habló y exclamó una reina egipcia — la hija de un faraón — y dijo: "Nuestro palacio no puede ser arrancado de raíz como un puerro, por dar gusto a un bichito. ¡No! Suleimán — ibn — Daúd debe haber muerto y lo que oímos y vimos era la tierra tronando y anocheciendo por la noticia".

Entonces Balkis hizo seña a esa audaz reina sin mirarla, y dijo a ella y a las otras: "Venid y mirad".

Bajaron la escalinata de mármol, en filas de a cien, y bajo el alcanforero hallaron, todavía débil de tanta risa, al sapientísimo rey Suleimán—ibn—Daúd meciéndose con una mariposa en cada mano, y le oyeron decir: "Oh esposa de mi hermano en el aire, después de esto, recuerda que debes complacer a tu esposa en todo, para no provocarlo a pisar fuerte otra vez; pues él dijo que está acostumbrado a esta magia, y él es un gran mago de mucha eminencia —capaz de escamotear el propio palacio de oro de Suleimán—ibn —Daúd mismo. ¡Idos en paz, gentecilla!" y los besó en las alas y ellos se volaron.

Entonces todas las reinas, excepto Balkis — la bellísima y espléndida Balkis que estaba aparte y sonreía — se postraron cara al suelo, pues se decían: "Si estas cosas se hacen cuando un Mariposo está descontento de su esposa, ¿qué se nos hará porque hemos irritado a nuestro rey con nuestros malos modos y palabras y nuestras francas riñas de varios días?".

Y luego se cubrieron las cabezas con sus velos y sus bocas con las manos, y volvieron de puntillas al palacio, quietitas como lauchas.

Entonces Balkis — la bellísima y excelente Balkis — pasó por los lirios rojos a la sombra del alcanforero y apoyó su mano en la espalda de Suleimán—ibn—Daúd y dijo: "¡Oh mi Señor y Tesoro de mi alma, alégrate, pues hemos enseñado a las reinas de Egipto y Entre Ríos de Asia y Persia y China y Abisinia una lección grande y memorable".

Y Suleimán-ibn - Daúd, todavía siguiendo con la vista las mariposas donde jugaban volando en el sol, dijo: "Oh mi Dama y Joya de mi dicha, ¿Cuándo sucedió éso?, pues estoy bromeando con unas mariposas desde que vine al jardín". Y contó a Balkis lo hecho y dicho. Balkis — la tierna y encantadora Balkis — dijo: "Oh, mi Señor y Guía de mi existencia, me oculté tras el alcanforero y vi todo. Soy yo quien dije a la mariposa esposa pidiera al mariposo que pisara fuerte, pues esperé que por broma mi Señor haría alguna gran magia, que las reinas la verían y se asustarían". Y le contó lo que las reinas habían dicho y visto y pensado. Entonces Suleimán-ibn-Daúd se levantó de su asiento bajo el alcanforero y estiró sus brazos y se alegró y dijo: "Oh mi Dama y Endulzadora de mi vida, sabe que si hubiera hecho yo una magia contra mis reinas por orgullo o ira, como hice aquel banquete a toda la fauna, cierto que hubiera tenido que avergonzarme luego. Pero por causa de tu sabiduría hice la magia en broma y por una mariposita, y — he aquí — me libró también de los vejámenes de mis vejatorias esposas! Dime, pues, oh mi Dama y Corazón de mi corazón, ¿cómo llegaste a ser tan sabia?"

Y Balkis la Reina, bella y alta, miró a Suleimán-ibu-Baúd en los ojos, y ladeó su cabeza flor un poco, como la mariposa, y dijo: "Primero, oh mi Señor, porque te amaba, y, después, oh mi Señor,, porque sé qué son las mujeres".

Entonces subieron al palacio de oro y vivieron felices para siempre.

¿Pero no fué sabio eso de Balkis?

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*









GRITOS EN EL AIRE









FUEGO, HUMO Y CENIZA.



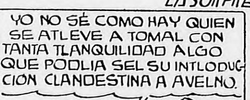






LA SORPRESA DEL SORBETE











La Ultima Lección

El pequeño y humilde departamento de Emilio Rozés estaba convertido en una completa algarabía. Juanito, Evaristo y Sarita, de 6, 5 y 3 años de edad sólo dejaban oir sus gritos y los sonidos graves que producían al golpear con unos palillos en el cuero de un tambor desteñido y semiroto. De pronto un anciano pálido y demacrado salió de una de las habitaciones. Alto y delgado, como de setenta años, cubierta su plateada cabellera con una gorra de color azul y de estilo vasco, apoyado a un bastón, caminaba con mucha dificultad; al verlo los niños comenzaron a rogar: ¡Abuelito, un cuento!... ¡Abuelito, un cuento!... Mientras que el mayorcito le alcansaba una silla para que el viejecito descansara; éste así lo hizo y un instante después los tres pequeñuelos escuchaban absortos las frases temblorosas que pronunciaba el abuelito hilvanando en sus cerebros fantásticos y felices pasajes del ansiado cuento.

Su hijo Emilio, con quien estaba ahora después de peregrinar por los hogares de los otros hijos, recién llegaba del empleo. Penetró en la cocina y se encontró con su esposa que estaba haciendo los preparativos para el almuerzo.

¿Qué te sucede, Rosa? ¿Estás enfadada?... interrogó al ver que no le respondía al saludo.

¡Cómo para no estarlo!... respondió ésta en tono airado, hemos perdido un inquilino para la pieza por culpa de tu padre; es necesario que lo mandes nuevamente a lo de tus hermanos o tal vez a un asilo, el reuma lo está poniendo demasiado fastidioso. ¡Claro! te han tomado por sonso para que tengamos que mantenerlo. Emilio bajó la cabeza y escuchó una vez más el torrente de reproches de su esposa.

—¡Canalla!... gritó; yo iré a conversar con mis hermanos para que le paguen la pieza y nosotros la comida. ¿Estás conforme?...

Días más tarde un pequeño consejo de familia deliberaba, convocado por Emilio. Mientras éste mandaba a su padre con los chicos a un cine del barrio, los tres hermanos con sus esposas y una hermana recién casada estaban en torno de la pequeña mesa del comedor.

Es necesario, dijo Emilio, que tomemos una resolución para mantener a papá, entre los cuatro bien lo podríamos hacer, total un pequeño sacrificio, nada más que debajar el presupuesto de lo que gastamos en cigarrillos. . el reumatismo lo va lisiando con rapidez con la proximidad del invierno. Mas nadie contestó, los tres hermanos miraron a sus compañeras como si esperasen una orden para tomar resoluciones. Emilio volvió a tomar la palabra: Yo solo no puedo hacerlo; con la ayuda de ustedes me comprometo a mantenerlo siempre.

—Yo no puedo darte ni un centavo, dijo uno, tú sabes que los gastos son muchos y el sueldo no es muy importante, además, es necesario ahorrar unos centavos para cuando seamos viejos.

—Yo de buena gana lo mantendría, añadió otro, pero tengo que pagar la mensualidad de un terrenito que compré y el empleo que tengo me obliga a aparentar una posición más o menos desahogada para que me asciendan en la oficina. lo único que puedo hacer es pedir una recomendación para el asilo de ancianos.

Por último habló la hermana menor:

—Lo único que propongo es que pase una temporadita más aquí y cuando mi marido encuentre trabajo lo mantendremos nosotros.

...—¡Siempre lo mismo!... —replicó la señora de Emilio—. Siempre las mismas promesas y los que se embroman somos nosotros, pasando privaciones por culpa de él...

Así debatieron por espacio de una hora, haciéndose cada vez más violenta la discusión, por último acordaron enviarlo a un asilo.

Cuando el anciano regresó del cine, rodeado de los nietecitos, se encontró con el rostro de su nuera que denotaba claramente un dejo de satisfacción. Entró en el humilde comedor.

—¿Han venido visitas?...

Rosa no contestó y al anciano volvió a preguntar.

—Sí, don José, unas amigas mías. El anciano simuló no hacer caso a la respuesta de su nuera y trabajosamente se inclinó a recoger los restros de los cigarrillos, mientras entre dientes, murmuraba: —¡Para la vieja!..., que así era como había bautizado a su antigua pipa siempre en uso. La mujer, al ver lo que hacía el anciano, sintió arrebolarse sus mejillas, dando vuelta a la cara para no delatarse a sí misma.

Así pasaron algunos días, con ellos entraba el mes de junio, los días grises, húmedas y sin sol, infiltraban en los huesos de don José dolores agudos, inmovilizándolo en todas sus acciones corporales. Su carácter sumiso por la obligación, iba adquiriendo cierta violencia histérica, regañando a todos por motivos fútiles; a todos, menos a los nenes, a aquellos que montaban sobre él como si fuese un caballo, a aquellos que con sus preguntas ingenuas y sus respuestas a media lengua le entretenían y hacían más llevadera su desventura, a aquellos que eran como un rayito de sol que

—Me quedé sin trabajo, murmuró Emilio. Don José nada respondió porque no dudaba de la veracidad de las palabras de su hijo, pasado un rato replicó el anciano:

—Entonces yo debo irme, tu esposa ya encontró inquilino para esta alcoba.

Emilio salió de su aparente letargo y repuso:

—Hemos decidido llevarte a un sanatorio; allí te repondrás pronto y mientras tanto yo encontraré nuevamente trabajo y volveré a tenerte siempre conmigo.

—¡Está bien!... ¿Cuándo debo irme?... — inquirió el anciano.

—Pasado mañana si tú quieres, papá...

Don José quedó solo; la intuición, aquel sentido adicional cultivado con una experiencia observadora a través de los años, le había vaticinado esas frases que sólo servían para lacerar aun más la llaga que te-



iluminaba y entibiaba los pétalos amarillentos y mustios del rosal espinoso de su ancianidad, a ellos, a quienes adoraba y miraba con avidez cómo sus rosadas mejillas rozaban sus surcadas arrugas. Emilio, cuando regresaba de su empleo, encontraba a su esposa enojada y diciéndole siempre lo mismo:

—Yo ando sin ropa, los chicos sin zapatos y todo, porque tenemos que mantener a tu padre. Y así el pobre hombre no encontraba en su hogar nada sino reproches y desaires, no sabiendo qué rumbo tomar, si escuchar a su señora o si hacer caso a su corazón de hijo y de hombre.

Una noche llegó triste y cabizbajo, se dirigió a ver a su padre.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...

—¡Mal!... ¡Muy mal, Emilio!... me levanté un rato, pero no tengo muchas fuerzas ...

—¡Tengo que darte una mala noticia, papá!... — dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aleteo de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco carcomía su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugestión de lo que temeroso preveía.

nía en su pecho y que era el producto de su desdicha. ¡Pasado mañana!... murmuraba lentamente, mientras que al sentir su corazón oprimido, dos lágrimas fortuitas rodaban rápidamente por sus mejillas por temor a delatar su amargura.

El bullicio que dejaba revelar la alegría de los niños que jugaban, penetraba por sus tímpanos, produciéndole una nostalgia tan íntima que lo confundía, felicidad porque ellos reían y jugaban alegres, y tristeza por tener que separarse de aquéllos, que constituían toda la ilusión de su vivir. Volviendo la mente a su pasado, tropezaba con los muchos recuerdos queridos ya añorados, junto a su señora, haciendo sacrificios para criar a los que hoy eran sus propios verdugos. Luego cuando su buena compañera lo abandonase para siempre. ¡Solo!..., robándole horas al sueño para así prepararles el desayuno y mandarlos a la escuela y en las noches de invierno levantándose de la cama para taparlos bien con las pocas cobijas que tenía o sino implorando humildemente a las familias pudientes ropitas usadas para abrigarlos, fumando tabaco del más ordinario para que no faltara un trozo de pan a esas bocas que a costa de sus sacrificios no habían sentido aun ese terrible flagelo que deja huellas malditas de esa palabra terrorífica llamada ¡Hambre! Así hasta que cada cual fué ganándose la vida con su trabajo; luego de casados les ayudaba a mantener a sus hogares y ahora que esperaba ver recompensadas sus horas amargas con la inefable dulzura de un hogar, éstos se lo negaban. El solo había podido luchar por ellos y ahora ellos no eran capaces de luchar por él.

Antes que Don José lo hubiese deseado, llegó el día señalado para ingresar en el sanatorio, que sus hijos le señalaban con bellos jardines y con múltiples atenciones, pero que él no ignoraba que era un asilo para inválidos donde faltaba todo calor moral y eran atendidos por lástima.

Hacía frío, el día nublado y el viento impregnado de cierta neblina húmeda que penetraba hasta los huesos. La despedida con los pequeños había empezado con toda simpleza, pero al notar éstos que Don José los abrazaba mojándoles las mejillas, fué el suficiente acicate para que esos inocentes, como si obedeciesen a la voz divina de la naturaleza, que valiéndose de esas almas puras e inmaculadas quisiera inspirar en el espíritu de sus propios padres, un reproche de inhumanidad de lo que hacían con el buen abuelo. Pero éstos, dejando a un lado sus sentimientos, observaban impasibles la escena conmovedora que el anciano ofrecía. —¡Abuelito, no te vayas, no llores!..., balbuceaba entre sollozos el mayorcito, fuertemente abrazado a Don José. Los más pequeños, asidos de las manos del viejo, también lloraban. Inventó, confuso por la emoción, una mentira para conformarlos y así, sintiendo la aterradora angustia de abandonarlos, se alejó de los que simbolizaban un mundo de ternuras para él, que sentía los aguijones del dolor y la ingratitud que carcomían su vida.

Padre e hijo comenzaron a caminar cuadras y a atravesar calles atestadas de gente; luego de un rato de andar llegaron frente a la estación. Emilio rompió el silencio algo azorado de proceder de esa manera con su padre:

—¿Quiéres sentarte, papá?...

—Sí hijo, estoy muy fatigado.

Ambos se sentaron en un banco de una plaza, de pronto, Don José extrajo de su maleta un martillo y un clavo y empezó a clavarlo en el banco de madera. Al verlo, Emilio lo miró asustado.

—¡Papá, tú estás loco, te van a llevar preso!...

El anciano continuaba golpeando sin decir una palabra.

—¡Pero, papá! ¿Qué significa esto?...

—¡Hijo mío, esto significa la última lección que te quiero dar! Oye bien, Emilio, y comenzó a hablar lentamente a causa de la fatiga: —Cuando tus hijos te traigan en la misma forma que hoy tú me traes a mí, no olvides de poner en tu maleta una tenaza y así mientras descansas como yo descanso ahora, quita este clavo. Así será menos doloroso el ver los sacrificios que tú haces por tus hijos recompensados con la ingratitud, porque tú también llegarás a viejo y a no servir para nada como yo ahora y cuando te sientas solo, muy solo, hijo mío... Calló y sus ojos enrojecieron. Dos lágrimas resbalaron lentamente.

Emilio olvidó todos los reproches que le hacían en su casa y en ese momento también sintió deseos de llorar, dejando oír dos frases entrecortadas por el llanto, abrazó a su padre.

—¡Perdón, padre mío!... ¡Perdón!...

Lo tomó casi en brazos y lo introdujo en un automóvil, minutos después penetraba en su departamento, arrastrando a Don José.

—¡Abuelito! ¡Abuelito!, gritaban al verlo, los niños, ajenos al drama.

Algunos instantes después un médico daba una respuesta negativa a una pregunta que Emilio le hiciera.

Y así el anciano, rodeado de sus nietecitos adorados, introduciéndoles sus escuálidos dedos en los bucles de la más pequeña, alejaba su alma hacia el infinito, transfigurando en su rostro la mueca terrorífica de la muerte en una leve sonrisa de agradecimiento.

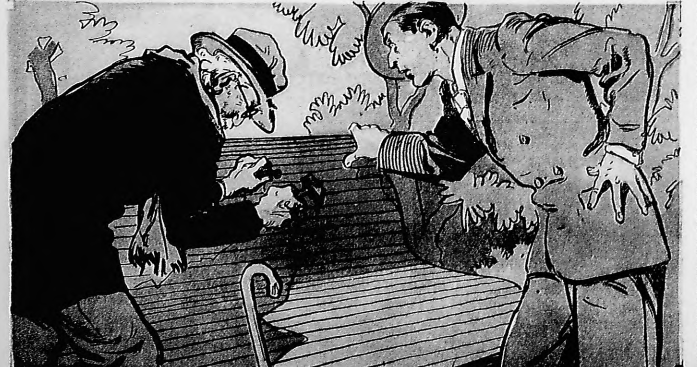
Mientras, como un reproche, contaba Emilio a sus hermanos lo sucedido y éstos bajaban, arrepentidos, sus cabezas.

Era la última lección del padre que había sabido serlo para esos hijos que no habían sabido serlo para ese padre. Era la última lección que Don José les había dado a sus hijos... la última lección.

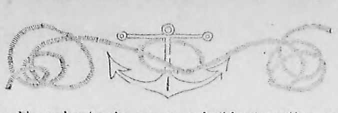
POR

MANUEL CASTIÑEIRAS

ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJAS



Blues de 1850



AHORA que está de moda hablar de jazz negro, ahora que cualquier jovencito se cree con derecho a maltratar un Blues tarareándolo con cara de ternero degollado, ahora que se admira a los Mills Brothers y a Cab Calloway, no por lo que hay de emotivo y profundo en sus cantos, sino por su habilidad para imitar instrumentos o retorcerse decorativamente, creo que es el momento de hablar del verdadero jazz, del jazz que nació cuando el primer esclavo negro pisó América, de ese jazz que no se escucha en las grabaciones de Bing Crosby y de Ruddy Vallée.

El jazz es el producto de una raza despreciada y perseguida que sin ninguna posibilidad de defensa física, tiene que contentarse con aullar su dolor en agobiadas canciones que sus impasibles auditorios oyen sin comprender, en cualquier cabaret de Harlem.

La letra no es más que un pretexto para dar salida a su desesperación, contenida tanto tiempo. Para la negra que canta el "Padre de los Blues", no es lo más importante que su nombre se haya ido con "esa mujer que vino de St. Louis con sus anillos de diamantes". Lo más terrible es el dolor y la tristeza espantosa del momento, y que tal vez ella misma no sabe explicar, porque la tiene en la sangre, porque antes de ella hay muchas generaciones de esclavos y porque su sangre le viene de un antepasado que en los tiempos de Abraham Lincoln se escapó de las plantaciones y fué perseguido y destrozado por los perros. Por eso las canciones blancas, que siempre se refieren a una emoción circunstancial, a cualquier contratiempo pasajero y a veces falso, no podrán tener nunca la profundidad de emoción de los Blues negros, esa sentida tristeza que hay en "St. Louis Blues" y la desolada desesperación de "Mood Indigo".

El mejor argumento que emplean los detractores del jazz es considerarlo como un símbolo del modernismo vertiginoso, como un capricho escandaloso de la moda, que no ha de perdurar — y no saben esos incondicionales esclavos de Verdi y fanáticos furiosos del "bel canto" que en 1850 ya existían los banjos y las atormentadas quejas de los blues y la locura frenética de los rags. Y que bajo la luna suave de Carolina y en los campos de algodón y a orillas de los ríos perezosos del Sud, los negros cantaban canciones como "Poor Old Slave", "Massas in the cold, cold ground" o como esta otra tan antigua que ha perdido su nombre, pero no la amargura ingenua de sus versos:

"Yo dije a mi patrón que tenía frío en los pies.

—Dios condene tus pies, empuja la rueda del carro.

—Patrón, patrón, el viejo Ben no puede tirar más.

—Dios te condene, pónle el arnés al buey.

—Patrón, patron, el camino está resbaladizo.

—Sigue tirando, negro, hasta que el sol se acueste.

—Patrón, patrón, ¿no ves que el camino es malo y frío como el invierno?

Pero ahora oigamos la palabra que un hombre del siglo pasado, del prehistórico comentarista de jazz, M. Oscar Comettant, que en 1852 visitó los Estados Unidos y no se escandalizó demasiado ante la música y los bailes de los negros.

Dice Comettant, en un capítulo de su libro: "Trois anneés dans les Etats-Unis: "Llegamos a un espectáculo verdaderamente nacional y notable, a los bailes, a la música, al lenguaje de los negros del Sur. Mas, para poder apreciar bien este género de diversión, es necesario haber estado en el Sur de América, haber vivido en el campo con los negros, haber visto sus vestidos destrozados y sus sombreros rotos, haber estudiado su fisonomía expresivamente vasta y movible ¡es necesario conocer sus gustos ridículos, su espíritu raro, su índole fuera de propósito, haber sido testigo de su excesiva fuerza, de su holgazanería sin igual y, en fin, es preciso conocer lo profundo de su sensibilidad musical y el ardor desenfrenado con que se entregan noches enteras y sin reposo alguno a los ejercicios de un baile muy singular, dramático y a veces cómico, a pesar de cierto fondo de tristeza que resulta del carácter de sus instrumentos, de su música misma, llena de intervalos extraños y melodías lánguidas, basadas en ritmos persistentes y acentuados. Con estas condiciones solamente puede apreciarse la originalidad y picante de los espectáculos de los "negros minstrels".

La escena donde los actores negros trabajan, en número de 10 ó 12, tiene forma de herradura. Los hijos de Cam, avanzan bestialmente vestidos, con enormes cuellos postizos, fracs ridículos, y armados con violines, guitarras y banjos, especie de bandurrias de largo diapasón de timbre grave, melancólico y alegre a la vez: sacan además panderos y un par de bones (que son como las castañuelas, y dan un sonido incisivo y ruidoso). Los actores cómicos son: el del pandero, que toca con las manos, pies, cabeza, nariz y rodillas; el del bone, que maneja los pedazos de marfil con fuerza y rapidez, dando saltos en su silla o doblando el cuerpo con gracia, según la naturaleza del trozo de música que acompaña.

Los actores se sientan en sillas y debutan generalmente tocando una overtura de ópera. Siguen después los diálogos improvisados con gran palabrerío y que tratan de disparates de los negros y picantes cosas de actualidad. El público se pasma con estas conversaciones que suelen tener animación y franca alegría. Después cantan coros y tocan sinfonías con solos de banjo, las cuales tienen un ritmo singular que ha inspirado a nuestro amigo y célebre pianista Gottschalk.

La parte más interesante de todo el espectáculo es la escena que se supone pasar en el Sur entre los negros, lejos de sus vigilantes cuando se van de oculto a jugar y cantar, y un negro cimarrón que aparece escuchando sin atreverse a llegar. El traje carnavalesco del fugitivo excita la risa; pero bien pronto se manifiesta la compasión entre la alegría y todo el mundo se siente conmovido en favor del pobre esclavo. El sonido del banjo que le ha arrancado del seno de los bosques donde se hallaba oculto, produce en el negro infeliz, privado tanto tiempo de sociedad y placeres, tal efecto, que olvida la prudencia. Canta, baila, llora y ríe a la vez. De tiempo en tiempo se acuerda de los peligros de su posición; quisiera huír mas no puede; una fuerza superior, invencible, lo detiene al lado del tocador del banjo; se adelanta implorando piedad con una voz entrecortada por el placer y el temor y cae de rodillas ante el músico juntando las suplicantes manos. Esta escena es muy verdadera y conmueve a todos los que conocen la naturaleza y costumbres de los negros de la Luisiana.

El tocador del banjo levanta al cimarrón; le asegura que no le denunciará, presentándole el banjo, que toma con loca alegría. Entonces, músicos y danzantes se entregan al placer con frenesí. Este espectáculo termina siempre por un baile muy extraño y divertido, en el cual una negra fea y coqueta, recibe loores de un horroroso negrillo".

Y en 1890 el famoso compositor polaco Dvorak llegó a los Estados Unidos y entusiasmado con la música negra, compuso sus célebres partituras del "Cuarteto Americano en Fa mayor" y de la estupenda "Sinfonía del Nuevo Mundo" con motivos de "Negro Spirituals" y donde se escucha una versión del viejo "Swing Low, Sweet Chariot". Pero como lo cobija el indiscutible renombre de Dvorak, nadie piensa que es "cosa de negros" que no debe ser respetada y la Sinfonía es escuchada con fruición por imponentes señores de frac, que se horrorizarían dignamente si se les obligara a oír los tres primeros compases del "Tiger Rag".

Y, sin embargo, es tan eficaz como concepción artística "The Mooche" de Duke Ellington, que "El Mar", de Debussy y se debe escuchar con el mismo interés intelectual "St. James Infirmary" de Joe Primrose y "Petruschka", de Stravinsky.

Además, ¿cómo no contagiarse de esa como excesiva alegría del jazz "hot"? ¿Cómo nos sentimos espiritualmente renovados y alegres después de la avasalladora borrachera de un "rag" o un "stromp"? Comprendemos que no puede haber una felicidad más inocente y límpida que la de lo primitivo y lo salvaje, porque no está contaminado todavía por el canallesco cálculo de utilidades y la sucia ansiedad de oro a que tiende la civilización blanca.

El jazz "hot" es como el desquite de tantos años de dolor y de infamia; como las inalcanzable borrachera de luces y vino, mujeres y canciones que quisiera proporcionarse la noche del sábado el agachado esclavo de oficina.

Y sin embargo, hasta en los más enloquecidos "rags", hay un fondo de tristeza, y entre el maremoto de notas que los pistones y clarinetes arrojan en avalancha maravillosa de sonidos se siente la presencia de una angustia ancestral que como una neblina, va surgiendo del fondo de los espíritus; ese terror que en Africa se manifestaba ante los peligros sangrientos de la selva y que en América tuvo motivos para sentirse bajo el látigo implacable del amo y el brutal imperio de la ley de Lynch.

★

A. O. PEYROU

Museo de la Confusión

EN una revista cuya denominación está íntimamente ligada a la botánica y al piropo, apareció un artículo bautizado Mujeres de la Guerra Civil. El autor, cuando no César Carrizo, expresa en él refiriéndose a ciertos desterrados:

Allá andan y desandan lejos de la patria, comiendo el pan negro del exilio, y durmiendo en lecho de estopa.

¿Exilados comiendo pan negro? Me parece un abuso de complacencia por parte del cancerbero y del ecónomo encargado de las raciones. Sobre lo terrible de dormir en lecho de estopa diré que entre los personajes a que se refiere el historiador de Sosalinda se encontraban Mitre, Mármol, Tejedor, Alberdi, etc. y que no creo que para un marmóreo, un tejedor, un basdasco autor de bases o un general turista baquiano en pie mes, vivacs, hamacas paraguayas, toldos, lonas y otras obligaciones del viajante, resultan tan irremediables esa clase de lecho, otomana, chaisselongue, etc., ni aún en el caso que poseyeran más espinas que un tálamo. En otra zona de su elaboración dice el historiador semanal:



Lavalle, que tiene un coraje indómito, pero a quien le falta la cabeza bien organizada, y la muñeca prusiana del general Paz, salta de Montevideo a Martín García con un puñado de espartanos. De Martín García se aventura, se adentra por Entre Ríos y Corrientes; baja por Santa Fe; se viene sobre Buenos Aires para detenerse en Merlo.

Dejando a un lado los saltos ornamentales del acridio, desearía saber para qué quería a los espartanos indómitos. Como baquianos podrían indicarle a lo sumo el paso de las Termópilas o los recovecos del Peloponeso; como intérpretes no irían más allá del sonido gutural; como balísticos apenas si sabrían cargar una lanza, y como ecuestres creo que lograrían hacer largas marchas a pie. Otra cosa que no me explico es cómo hizo el historiador para encontrar en Montevideo más de un lacedemonio y convencerlos que abandonaran sus actividades y se adentraran por Entre Ríos, Corrientes, bajaran por Santa Fe, se vinieran a Buenos Aires, se detuvieran en Merlo y colocaran aquel célebre cartel que todos conocemos: Caballero que vais a Montevideo, comunicad que aquí yacen los restos de aquellos que murieron por defender la primera etapa.

★

En cierto mañanero, que será una tribuna de doctrina, hizo acto de presencia el lunes 10 de septiembre la transcripción de una carta enviada por el señor C. Barrientos a la dirección del mitridates esbozado. El contenido de la esquela es una larga protesta por las deficiencias que dice haber notado en el cuidado, distribución, presentación etc., de instalaciones, los ejemplares vivientes que se ostentan en el bestuario palermitano. El zoólogo se muestra desconforme por la ausencia total de cartelitos alusivos que indiquen claramente la variedad, usos y costumbres del ejemplar contemplado; se queja del aire enrarecido que fluye de algunos raros ejemplares de focas, zorrinos, bueyes de almizcle y aves de rapiña; le molesta el color Lacroze de los canteros, árboles y líquidos de los estanques y no está de acuerdo con el trato dado a la elefantiasis. Al terminar expresa lo siguiente:

Lo que me agradaría es que, siendo el Jardín para ilustración y recreo de paseantes, la ilustración se viera por alguna parte y al recreo se le despojara de los malos olores que convierten en supliciatorias las mejores intenciones de pasar un rato amable en el seno de la naturaleza.

Confieso que ignoraba hasta el presente que ese conjunto de jaulones poblados de tucu-tucus, tigres de Bengala, cuises, leopardos, etc., constituyera el seno de la naturaleza, pero no vaya a creer el señor Barrientos que me va a entusiasmar su definición hasta el punto de transformarme en un mamífero irresponsable capaz de prendérmele a una lechiguana, a una hidromedusa o a una martona cualquiera, y menos nombrar nodriza a un ornitorrinco, ama a un iguanodonte, dama de compañía a una lombriz solitaria, preceptor a un oso hormiguero, o biberón a un pez espada.

★

En un gráfico noticioso correspondiente al 2 de septiembre, comentando el desarrollo de cierto match boxístico se expresaba lo que sigue:

Puso fuera de acción un poderoso gancho de Guerra, al tiempo que descargaba una potente derecha, que dió en plena mandíbula de su adversario. Ahí fueron los primeros aplausos. Probablemente, esa derecha de Bi-



lanzone haya sido el único golpe neto de todo round inicial. En el descanso la efectividad de ese punch quedó evidenciada pur un hematoma sobre el ojo derecho de Guerra.

Es indudable que el público hizo muy bien en aplaudir, porque un golpe neto que da en la mandíbula y produce la hinchazón de un ojo no se ve todos los días. No sé cómo continuó la pelea pero me imagino que no habrá faltado algún certero impacto en el píloro que provocara una calvicie prematura en alguno de los líderes, o determinado directo al esófago que causara una pierna de palo para uno u otro de los oponentes.

★

En la sección "Cinco minutos de intervalo" de un semanario enmascarado del 23 de agosto, comentando la producción "Viva Vila", se decía esto:

Rara es la vez que aparece en la pantalla un personaje sudamericano sin que se le deforme y caricaturice. Una de estas contadas excepciones se acaba de producir con Pancho Vila.

Efectivamente, se ha cometido una gran excepción: la de afirmar que Pancho Vila es un personaje sudamericano. Es claro que la culpa de las diferencias de latitudes la tiene el mismo valiente mejicano que con sus rápidas ofensivas hacia el Sur, cuando el enemigo se hallaba en el Norte, sus desplazamientos hacia el nadir cuando el cow boy merodeaba por el cenit y sus paseos por el bosque cuando el lobo no estaba ha desorientado completamente a todos sus biógrafos y panegiristas.

★

En otra zona del mamotreto, los diáconos se dedican a explicar lo que es una carta. Sin comentario doy la definición canongil. Es ésta:

Carta es una conversación por escrito con una persona ausente.

Luego nos informa la diócesis lo que se debe hacer antes de firmar la esquela, el billete perfumado o la carta comprometedora. Dicen los prelados:

Un joven, antes de firmar, nunca habla de su consideración, ni olvida poner algunas frases de cumplido, como S. S. S.

Es natural que ésta no es la única frase de cumplido. Si el ex comulgado se anima puede utilizar estas variantes, de mucho más vuelo y donosura: S. O. S., H. P., R. I. P., Q. E. P. D.

★

En el "Suplemento" del 22 de agosto, en una narración titulada "En los mares del Sur", me llamó la atención lo que sigue:

Luego me puse a admirar la belleza de esas aguas transparentes y misteriosas, incapaces, a veces, de henchir una vela, y otras, terribles y gigantescas, seguras destructoras de diques y ciudades

No veo qué inconvenientes puede reportar el que las aguas sean incapaces de henchir una vela y hasta creo que es lo mejor que podía suceder. Porque eso de navegar con el agua hasta las golas, el juanete lleno de camalotes, la cangreja llena de cangrejos y el foque transformado en un estuario, no deja de tener sus trastornos.

★

En el mismo papiro en la página 24, me sucedió una elucubración titulada "El Campesino Enfermo" De ella extraigo lo que sigue:

Sólo la tristeza, inmutable a través de tantos meses, le pesaba con fuerza brutal y despiadada, como una lápida de piedra pesa sobre la tumba.

Ahora salimos con que las lápidas llenas de buenos consejos, recomendaciones y augurios son despiadadas. ¿Y el R. I. P. en letras de plomo, la misericordia de la cruz, los pedidos de ¡Silencio!, las últimas palabras de la viuda inconsolable, el epitafio conmovedor, etc., no son acaso pruebas de conmiseración, de lástima, de piedad? Además, no me parece que a la tumba le pese tanto el pedazo de mármol, ni el trozo de piedra como supone el enfermador de campesinos.



POR

ANIMULA VAGULA

SALUD y TRAGEDIA DE NELSON

Si el joven Horacio Nelson hubiera querido en la actualidad profesar en la marina de guerra de la más pequeña nación de importancia marítima, todos los reglamentos le hubieran puesto una piedra en el camino, esto es, una insólita roca le hubiera impedido el acceso al mar, proveedor de gloria para el soldado de sus aguas. El primer examen médico lo habría declarado inapto.

El mar es agua y viento. Un hombre que se marea terriblemente en una pequeña embarcación y que sufre lo indecible por la humedad del aire y la frialdad del ambiente, ¿puede ser marino? Pues el almirante Nelson era un hombre así.

Por su físico delicado, la profesión que tuvo no le hubiera sido buscada por sus parientes. Y hasta parece que nunca había mostrado inclinaciones por el mar. Se le consideraba como un muchacho débil. "Su salud había empeorado mucho por ataques de fiebre".

Su viaje a las Indias Orientales lo hizo recaer en su antigua debilidad y fué entonces cuando, afectado de paludismo grave, quedó delgadísimo. Hasta "perdió enteramente el uso de sus miembros" por algún tiempo, y, en marzo de 1776, dado de baja por enfermo, regresó a Inglaterra. Nelson perdió el valor, y así describe su desesperación: "Me vi poseído de un sentimiento que jamás volví a padecer en mi profesión. Mi mente desvariaba al considerar el cúmulo de dificultades que tenía que vencer y el poco interés que poseía. No acertaba con los medios de alcanzar el objeto de mi ambición. Después de un ensueño largo y tenebroso, en el que casi preferí naufragar, encendióse en mí de repente un vivo patriotismo y se me presentaron como patrones mi rey y mi país. Está bien, exclamé entonces, seré un héroe y, confiado en la Providencia, desafiaré todos los peligros".

Establecido un sitio en la isla de Bartolomeo, en la América Central, donde al despertarse una noche se encontró una serpiente enroscada a sus pies, obligado a beber en un manantial cuya agua había sido envenenada al parecer por la misma raíz que usaban los indios para sus flechas, enfermó, pasando nuevas molestias. Y las fuerzas se alimentaban tan poco, que vivían del caldo que resultaba de hacer hervir los monos atrapados. Nelson escribía después que los hombres de esa expedición estaban siempre calados de agua y que sufrieron las fiebres mientras recorrían en botes ríos navegados mucho tiempo atrás.

Durante casi toda su vida, estuvo constantemente enfermo. Se resfriaba con suma facilidad, y la humedad lo perjudicaba. Dice que, en una ocasión, "el doctor pensó que yo estaba tísico, y me deshaució". Hoy podemos aclarar que, como su paludismo se hizo crónico y daría determinaciones pulmonares, posiblemente éstas originaron aquella presunción de tan mal pronóstico. También agrega: "Mi actividad mental es excesiva para mi débil constitución".

En Bath, por el invierno del año 1780, convaleciente de la fiebre, sufría de "algo parecido a la gota en el lado izquierdo" y de "la maldita bilis". Y escribía: "He estado tan mal desde que vine a este lugar, que me tenían que meter y sacar de la cama con las torturas más dolorosas. Bebo las aguas tres veces al día y me baño una noche sí y otra no". Al dejar Bath, admirado de lo poco que se le cobraba, le dijo el médico: "Sir: Esta enfermedad la ha adquirido en servicio de su rey y de su patria, y amo tanto al uno y a la otra, que me considero bien pagado sin más".

Escribió después que "había recuperado casi enteramente la salud", aunque aún no podía hacer uso del brazo izquierdo, "desde el hombre hasta la punta de los dedos" parecían "medio muertos" y, no obstante, ya piensa ir a otro barco. Más tarde: "no recuerdo haber estado tan bien de salud". Marcha a Londres; pero debe haberse apresurado, pues dos meses después perdió enteramente el uso del brazo izquierdo "y casi de la pierna y el muslo".

No es convincente que todo este mal último se refiriera a la gota, "algo parecido" a esta enfermedad. Faltando un diagnóstico preciso, podemos llegar a suponer que esa afección que se cebaba en el lado izquierdo únicamente, tomando miembros superior e inferior y con trastornos de la sensibilidad y motilidad, era una hemiplejia izquierda y no trastornos gotosos. A más, está el antecedente de que el padre estuvo al final de su vida paralítico. ¿Se trataría en Nelson de una lesión cerebral del lado derecho?

El empleo siguiente fué el peor para su salud: mandó una fragata en el Báltico, uno de los viajes húmedos y fríos que él temía. En esa oportunidad se queja de que estaba "casi helado" y de que lo habían enviado allí "para poner a prueba mi constitución".

Pierde un viaje agradable a las Indias. Y sentía por la vida una aversión como jamás la tuvo. Hasta que, por tener que acompañar un convoy a Quebec, "donde tengo que invernar, que es lo peor que se puede pedir", escribe: "Necesito librarme de este condenado viaje. El médico me ha dicho que: me envían a un clima húmedo y frío, y ya está lo peor que me puede suceder, porque el frío es la muerte para mí". Pero fué. Y luego la fragata salió de Quebec sin aprovisionarse, lo que motivó la aparición del escorbuto a bordo, afectándose toda la tripulación. De vuelta al mismo punto, Nelson padeció una relajación física y mental, por las penalidades del viaje. Pero ya no lo dominaba el frío, encontrándose bien como en la regin ártica nueve años atrás, y tanto, que manifiesta: "La salud, que es el mayor bien, es lo que jamás había gozado hasta que vi el bello Canadá". (Con todo, se suspecha que la mujer canadiense motivó ese cambio).

Ya en Inglaterra, en 1783, comenta que, después de su agitación en diferentes climas, por lo menos ha llegado sano y salvo.

Ese era el Nelson enfermo, que será después el mutilado Nelson, pero sin perder su condición anterior.



En 1794, mandaba el barco Agamenon, que sitiaba a Calvi (Córcega). Estando Nelson en la batería avanzada, un proyectil dió contra el parapeto, muy cerca de él, golpeándole las piedras que saltaron en la cabeza y el ojo derecho. El ojo, muy lesionado, fué empeorando continuamente, de modo que, al mes, "distinguía la luz en la obscuridad pero no los objetos" y finalmente fué órgano perdido. Hubo gran aflicción del almirante, pero hacía alarde de que era el único entre todos los hombres del ejército y de la marina que no llegó a rendirse de cansancio en ese sitio: "Yo soy la caña entre los robles", escribió en una carta; "todas las desdichas me han atacado, mas son tan poca cosa, que no encuentran en mí dónde cebarse: me inclino en la tormenta cuando el roble es abatido".

En 1796, volvían las molestias penosas en el tórax: sentía la presión de una correa alrededor del pecho y empleaba las noches en soltársela. Quedó establecido el disparate de que eso sería el resultado de una indigestión. El enfermo insinuó la posibilidad de conseguir un permiso de varias semanas.

Al año siguiente se emprendió una acción bélica frente a Santa Cruz (España): cuando salía de un bote, una bala le atravesó el brazo derecho, destrozándole el codo, lo que motivó que cayera en brazos de su hijastro Josiah diciendo: "Me han herido en el brazo, soy hombre muerto". Y la espada, que se le cayera al fondo del bote, fué, con todo, rápidamente levantada por la mano izquierda. Hecho un vendaje sencillo, tuvo que pasar bajo los cañones de las baterías enemigas, que seguían haciendo fuego, y, logrando que lo levantaran para ver mejor, pues estaba tendido, se impuso de su derrota en aquel puerto. Se asegura que ayudó con su brazo sano a salvarse a muchos que se ahogaban y que, a bordo de su nave, manifestó: "Dejadme solo. Todavía me quedan dos piernas y un brazo. Sé que pierdo el brazo derecho, y cuanto antes lo corten, mejor." Y hubo que amputárselo sin empleo de anestésicos ni antisépticos mientras se retorcía de dolor sobre una simple mesa de comer: resultó un muñón corto y doloroso, por haber quedado comprendido dentro de la ligadura de la arteria humeral uno de los nervios que la acompañan. Tres semanas después, aseguraba Nelson que de salud nunca había estado mejor; pero dormía a fuerza de opio, imposibilitándole el descanso el dolor del brazo, hasta que una mañana, de tocarla, saltó la ligadura, y recién cicatrizó la herida: habían pasado muchos meses. En tanto, el primer lord del Almirantazgo certificaba que "un almirante manco nunca sería de utilidad"; terribles fueron también los sufrimientos mentales de nuestro marino, temiendo la interrupción de su carrera. ¿No pidió una pensión por "seriamente herido y magullado en todo el cuerpo"?

Durante la batalla de Aboukir, Nelson fué herido otra vez. Estaba en el castillo de popa examinando un mapa, cuando un casco de metralla, dándole en la cabeza, hizo caer un colgajo de la piel de la frente sobre los ojos. Quedó momentáneamente ciego y en seguida perdió el conocimiento. Apenas pudo hablar, como su obligación era pensar que se estaba muriendo por original costumbre, expresó: "Me han matado; recuérdeme a mi esposa".

Advertido de que no era nada grave, no se satisfizo y llamó al capellán, dándole el último mensaje para lady Nelson. Horas después escribía tranquilamente con la mano izquierda, y aunque cada carta significaba una "terrible tensión nerviosa", no dejó de redactar muchas. "Tengo tan débil el cerebro a causa de las heridas de la cabeza, que no estoy siempre tan claro como sería de desear", afirmaba. Tales heridas no importaron finalmente más que "una" sola cicatriz en la frente, tan fea, por cierto, que la ocultaba peinando el cabello hacia adelante.

En ocasión de un nuevo ataque de paludismo, bajo cuya influencia pensó en renunciar a todo para volverse a su casa, se manifestó así: "La fiebre pudo terminar conmigo; durante diez y ocho horas perdí la esperanza de sobrevivir. Ahora estoy muy débil de cuerpo y de mente".

Embarcado en el Victory, y frente a Tolón, sentía las habituales molestias del mareo, a tiempo que su vista empeoraba, no cesando de mirar con el catalejo hacia el puerto donde estaba la escuadra francesa. Los médicos hacían pronósticos pesimistas por el esfuerzo a que sometía su ojo izquierdo, el único con visión. Pero Nelson escudriñaba.

¿Bebía el almirante? Durante dos años siguió un régimen alimenticio que, al parecer, excluía toda clase de bebida alcohólica. Lo más seguro es que no se apartaba de esta regla: cuatro copas de vino en cada comida, que le hacía ingerir a la fuerza su criado. (1)

Por otra parte, no dormía más que dos horas seguidas (¿para imitar a Napoleón?) y en los temporales no se protegía del agua.

Sintetizando: desde el punto de vista médico, el pequeño Nelson era un débil constitucional con paludismo crónico (que trastorna todo el organismo), con un pasado de parálisis en el lado izquierdo, mutilado del lado derecho (donde no cuenta con el brazo y con el ojo) y con un estado psíquico en el que predominan la depresión melancólica y la obsesión de una muerte heroica. A lo que se agregan continuas perturbaciones en la esfera sentimental, por las dificultades harto conocidas, y una vida andariega, con breves períodos de sosiego. En pocas palabras: ¿no era Nelson un hombre reducido y de singularidad mental? Físicamente, de seguir viviendo, llevaba camino de convertirse en el prometido de Aurelia, del cuento de Mark Twain, que se iba cercenando de una manera escandalosa. Espiritualmente, era un inadaptado, un inquieto, un descontento que había deseado morir en ocasiones.

¿A pesar de todas sus deficiencias y limitaciones, fué un héroe o lo ha sido a pesar de las mismas? ¿Se sobrepuso a su organismo enfermo una voluntad de hierro, confirmando la recomendada teoría de la influencia omnímoda del espíritu sobre el cuerpo? Posiblemente.

¿No tenía justificativos para ser un hombre desesperado? ¿Tenía paz?

¿Y su fin requiere alguna aclaración? El pensamiento de Nelson era que un hombre valiente muere una sola vez, y, en cambio, un hombre cobarde está muriendo durante toda una larga vida. Esta se le aparecía sin duda como un padecimiento infernal, como la cosa que menos hubiera deseado, granjería, sin embargo, para el hombre común. La gloria en el momento de la muerte, coronación de una carrera excepcional, ventana abierta al cielo en la hora de un aparente martirio, es digna de ser envidiada. Por su diario, sabemos que el almirante pidió con fervor a Dios una grande y gloriosa victoria, agregando: "Por mí personalmente, entrego mi alma a Aquel que me la dió. A El me entrego humildemente".

¡Estamos en Trafalgar! ¿Desde cuándo Nelson tenía el presentimiento claro de su fin? Porque de antes son las medidas que adoptó en previsión de su ausencia definitiva, de su eclipse sin cartas.

En el Victory, barco insignia de la escuadra inglesa, se preparan para el combate: el camarote del almirante desaparece en la obligación de despejar la cubierta, y el jefe inglés sube al alcázar con uniforme de gala adornado de todas sus condecoraciones. Villeneuve manda las escuadras francesa y española reunidas, y, al ver que sería derrotado en una batalla con la flota inglesa, decide volver a Cádiz, de donde ha salido; pero es interceptado. Nelson percibe las primeras señales de un temporal y ordena fondear a sus barcos una vez que pase la acción. Se compromete a castigar duramente al enemigo, y, siempre con su presentimiento de los climas inenarrables, se despide de uno de los suyos diciéndole: "Yo nunca volveré a hablar con usted". ¿Por qué esta certidumbre?

El Victory se arriesga demasiado adelante por voluntad de quien lo manda, y se coloca a la cabeza de los navíos ingleses; esto es, en el sitio de mayor peligro, pese a las advertencias de Blackwood, que deseaba asegurar la vida de Nelson; pero éste se obstina en adelantar y exponerse. ¿Por qué desoye leales indicaciones? Los barcos enemigos tienen un excelente blanco, y no lo desperdician: basta apuntar con los cañones, y ya están dañadas las velas, las jarcias y la rueda del timón, además de 50 hombres, que son 50 bajas. Pero el barco así dañado prosigue en un avance loco, sin precedentes en la guerra del mar: ¿es que Nelson se cree inmune a las balas como su odiado enemigo Napoleón? Es dudoso. Un proyectil pasa ahora entre él y su acompañante Hardy, que caminan en el castillo de popa. ¿En qué piensa el almirante inglés?...

El barco insignia llega a la línea adversaria, lo que quizá no hubiera sucedido de ser inglés el pabellón contrario, y consigue colocarse bajo la proa del Bucentaure, mandado por Villeneuve. Recién son lenguas de fuego los cañones del Victory, terribles para el maderaje, que transforma en nubes de polvo y lluvia de astillas. Pero también sucede que el barco inglés se corre al costado del Redoutable, que estaba muy aproximado, y los dos navíos quedan entrelazados. El barco francés quiere abordar, y sus tiradores balean la popa y el alcázar de Nelson como si se desatara una cólera de plomo. ¡Para algo es el Temible! En el alcázar pasean por el lado de babor, Nelson, a la izquierda, y Hardy, a la derecha, que procura interponer su cuerpo voluminoso entre su compañero y los buenos tiradores franceses. La marejada sacude las naves, y así impide que sea buena la puntería de los británicos, enfrentados a verdaderas madrigueras de enemigos, por lo que el peligro aumenta a cada instante. ¿Qué espera nuestro marino impasible? He aquí que una astilla de madera hiere a Hardy en un pie, y Nelson comenta con una sonrisa: "Ese trabajo es demasiado furioso y no puede durar mucho". ¿Desoye también esta señal de alarma? Continúa el paseo; pero, llegando al portalón para volver hacia popa, Nelson cae suavemente torciéndose un tanto; quiere apoyarse en la cubierta con la mano izquierda, mas la bala, que venía de arriba (de la cofa de mesana del ¡Temible!), destrozándole el hombro, se lo impide y rueda sobre su espalda.

"Por fin me han matado. Me han partido el espinazo", exclama. La bala le había atravesado el pulmón y la columna vertebral de izquierda a derecha. ¿El marino francés que envió esa bala había reconocido su tiro que hería de muerte al almirante Nelson? Pero si la bala había atravesado la columna vertebral, muy bien pudo herir la médula espinal, y si la hirió de importancia, debió aparecer en seguida una parálisis de los miembros inferiores. Esto es muy probable, lo más fácil, y entonces, ¿cómo representan a Nelson los grabados adoptando sus piernas actitudes muy elegantes, semiflexionadas a la luz del sol y apoyándose en ellas como disponiendo de su motilidad?

El herido es llevado por las cubiertas y se le coloca bajo la línea de flotación, sobre el entarimado del puente inferior, contra la curva del costado del navío. Aquí se opera como se puede a los heridos, mientras un farol ilumina la escena con luz vacilante. Como la vida de Nelson.

"¿Cómo va la batalla? ¡Hardy!", pregunta repetidamente, y como Hardy no viene, por haber tomado el mando de la escuadra, agrega: "¿Quiere alguno traerme a Hardy? ¡Lo habrán matado!"

Se rinde el Bucentaure a tiempo que se rechaza al Redontable, y entonces Hardy, entrevistando a Nelson, le da la mano y le oye:

"¿Y bien, Hardy, cómo va la batalla?" A lo que contesta que la victoria es completa y que se habían tomado 18 barcos enemigos.

"Yo aposté a que serían 20", dice Nelson agonizando. Puede todavía susurrar algún encargo, y de pronto pide:

"Bésame, Hardy". Y el voluminoso amigo, arrodillado, le da un beso en la frente. Sus penúltimas palabras, dirigidas al doctor Scott, confiesan:

"Doctor, no he sido gran pecador". Y las últimas, susurrantes:

"Gracias a Dios, he cumplido mi deber", cierran con rúbrica responsable el libro activo de su vida.

Cono no quiso ser brevísimo festín de tiburones y desagradable sorpresa de sirenas, se le depositó en la Catedral de San Pablo, de Londres.

Pero si al recuerdo de su complicada situación personal en todo sentido y a la obsesión evidenciada en el "soy hombre muerto" de sus momentos dramáticos, agregamos la que un admirador inglés escribe de la conducta del Victory en Trafalgar: "era una manera suicida de ir a la batalla", corroborado esto por la innecesaria y tenaz exposición al peligro mostrada allí por Nelson, es lícito preguntar si no buscaba la muerte en la victoria (o la victoria en la muerte). Y entonces: ¿la muerte de Nelson fué un encubierto suicidio?

POR
BENJAMIN BELTRAN

Ilustración de
ARISTIDES RECHAIN

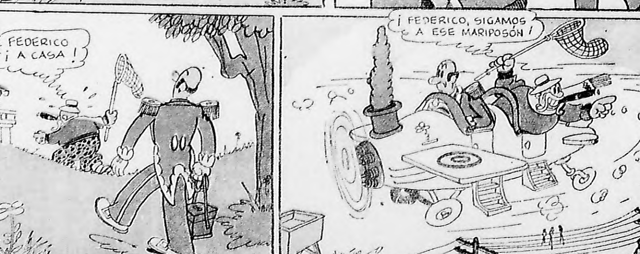
El Nuevo Rico ★ por Héctor Rodríguez











EL DEFENSOR

POR

JUAN SEOANE

Ilustración de Rojas



HACE frío y la garúa sigue. Junto al puesto un banquito pequeño en el que se arrebuja, dentro de su mantón a cuadros, la chiquilla que está al cuidado de la venta. No grita ni pregona. Allí espera que venga uno que otro parroquiano. Toman éstos el diario y los cinco centavos quedan sobre la mesa. Nadie roba. Nadie tampoco lleva las revistas policromas. La chiquilla se limpia las narices, De rato en rato saca de debajo de su pañolón la manecita de uñas negras. Se rasca la cabeza desgreñada a pesar de la trenza sujeta en la punta por una tira de color.

Las palomillas rondan sus precoces trece años de chica miserable, pero su instinto, ya crecido en la vida de tugurio, olfatea el peligro.

Allí está Artemio, como ella vendedor de periódicos y lotería. Se le ha plantado delante, la gorra encasquetada y las manos en los bolsillos del pantalón más amarrado. El saco le va grande. Bajo el sobaco el montón de periódicos.

—¿Tienes "Crónicas", Usebia?

—Ni'una. Toitas se han ido porque trajieron pocas. Te doy "Comercio", que me ha quedao.

—A mí también me ha quedao...

La mañana es nublada y la garúa enloda la calle estrecha. Hace ya horas que en ella hay movimiento, vida. Mujeres de manta o pañolón sobre los hombros, mujeres con el busto o la cabeza al aire, charlando su cotorreo comadrero, van y vienen de prisa, al brazo la canasta del recado o el paquete de carbón, o la compra hecha en cualquier pulpería. Arrapiezos descamisados, corren, juegan, cumplen a gritos los encargos. Marchan los hombres al trabajo. El bullicio chillón de un barrio pobre. Rueda el eléctrico, ruidoso de chatarra y vocerío humano, mientras trepidan sus ventanillas al ser ajustadas a los marcos. Vibra timbrado el insistente campanilleo anunciador de la parada próxima. Dentro huele a verdura, a marisco, a carne y las mujeres gritan entre risas o entre lamentos, su error de haber equivocado la esquina. Sus cuerpos, de senos lacios y vientres respingados que les levantan la pollera, pretenden alcanzar la plataforma a empellones, pretenden escurrirse, y en el apretujarse con los que están de pie, desgarran en girones sus viejas mantas verdinegras. Fuera, las paredes cuarteadas en la fila de casas centenarias, tiemblan como abuelas al paso del intruso.

Del cafetín ha salido un muchacho ya mayor. Lleva la gorra sobre una oreja y la chalina desteñida alrededor del cuello en varias vueltas. Se ha levantado las solapas y fuma un pucho. Es un injerto, larguirucho y flaco, al que llaman el Huerequeque.

—¿Qué haces al con Usebia? le dice a Artemio y en su amarilla cara imberbe brillan lascivos los ojos achinados.

—¿Yo?... ¿Pa qué?... —contesta el otro, que ha entendido—. ¡Tá muy flaca!

La chica ríe y se limpia la nariz con el reverso de la mano.

—¿Flaca?... Tu mama... Y cambiando de tono: —¡Convídame un café!

—¿Sí? ¿Y cuánto me emprestás? —responde el mataperros mirándola con desparpajo.

De pronto se engola como un gallo y chilla su pregón de lotería: —¡Veinte mil soles!... ¡Para mañana!... —corre tras un hertera— —¡Señor, señorito!... ¡Este huacho! —y dobla la esquina pegado al presunto comprador.

Eusebia se levanta desentumeciéndose. En su cara cobriza, los ojos negros y dormidos, de pestaña gruesa y ceja rala, brillan al ardor de la raza. Breve boca llena de carne. Al estirar los brazos, sus pechitos nacientes desafían. Huerequeque la mira.

La chica amarra fuerte en una punta de su pañuelo sobres y fiebes, producto del negocio, y entra al café. Se sienta en una mesa, desde la que su desconfianza observa el puesto. Sus zapatillas de lona han dejado la huella humilde de su pobreza sobre el aserrín que cubre los mosaicos. Dentro se está abrigada.

Una asiática se mueve activa tras el mostrador, y sus ojos oblicuos, mostacillas brillantes, sonríen a la diaria parroquiana. Lava las tazas blancas, y el agua suena al golpear de su chorro sobre el zinc. Al extremo sifones, detrás la estantería con la mentira de sus botellas que no contienen nada. Se oye que adentro, en la cocina, chisporrotean bajo las parrillas los carbones avivados al rojo por el aire que agita un soplador; y el batir de la sartén en la que las fritangas dicen el crepitar de su goce al baño de la manteca hirviente. Entra el olor del chicharrón dorado. La moledora del café lanza el fuerte aroma del tostado que cruje al triturarse entre sus dientes. Por la persiana de una puerta volante penetran vaharadas de alcohol. Vocifera la voz ronca de un borracho, y a su contacto una mujer ebria de licor y de lujuria, le chilla obcenidades.

Crápula pobre, escandaliza en la trastienda. Eusebia pide:

—¡Pronto, María. Café con leche y un chancay! Frota sus manos y mira a Huerequeque, cuyos brazos largos como imaginarios remos de dobles han llevado su silla hasta la mesa. Tres parroquianos en las otras dos se desayunan fuerte. Sangra jugo el churrasco que les lleva José. Hay poco movimiento. Fuera, en el día turbio, la gritería de diez de la mañana. Se apura la gente bajo la llovizna.

Viene la japonesa, en cuyas manos humean las garrafas. Café con mezcla de achicoria; la leche aguada.

Huerequeque, petulante como un rufo, la detiene:

—¡Anda, japón, y limpiate esta mesa!

Fierro enlozado que hace farsa de mármol. Entre sus jaspes unas cuantas gotas de agua. Las seca María con un pedazo de tocuyo sucio.

—Ora —dice el injerto volteando un par de tazas— ¡una grande pa' mí y otra pa' ésta!

—Pa' mí chica, María —interrumpe Eusebia y mira al hombre incrédulo— este qu'es rico podrá tomarse grande.

Sacude Huerequeque su bolsillo. En él suenan monedas.

—Sirve, sirve no más... Yo convido... ¡Hay agua, aquí cantan los yolis!

Llena María las tazas hasta el tope y el café con leche rebalsa sobre los platos al echar el azúcar.

—¿Onde vives tú, Usebia? Ese viejo cara'e velorio te esconde en una madriguera, pero voy a seguirlos pa' ver a onde dentras.

La cholita se ríe. En su raza la sangre quema muy temprano, y aquel perdido a quien le falta el alma, lleva también intensificada la atracción bruta de su sexo.

—¿Y tú pa' qué quieres saberlo? Yo no vivo en la casa'e don Pedro. El paga mi pensión onde una señora, en el solar del Carmen. Don Pedro es mi padrastro, porque'l jué compañero de mi mama, que ya es finada.

—¡Es tu padrastro y trabajas pa' él! ¡Déjalo al viejo y vente conmigo! —refuta el tipo con cinismo.

—¿Onde voy ír contigo? ¡Seré perra sin dueño pa que me lleve de aquí pa'llá cualquiera!

Da Huerequeque dos palmadas:

—¡Anda, japón, traite dos chancays dobles! —y continúa—: ¡Como perra sin dueño estás viviendo! ¡Tirada junto al puesto, haiga sol o haiga lluvia; y pa vender los periódicos de ese viejo vagabundo que te explota!

—Don Pedro es un hombre de trabajo —protesta la chiquilla, y remata la frase—: ¡Vagabundo!... Pa vagabundo tú que nadie sabe ni onde vives ni en qué trabajas.

José pone en la mesa el plato con los bizcochos sobre las servilletas blancas de papel.

—¡De mi trabajo, me basta con que yo sepa onde's! Mi plata no la robo ni me siguen los tombos como al viejo; y ni nadie me ha fichao en la Inte, ni he estao encanao nunca... Si tu vienes conmigo, dejas pa siempre este trabajo de mendiga y tienes casa tuya y trajes pa vestirte... si no... ¡hasta vieja aquí! y tullida como la Abigail, cuando menos... Vas a venir pa que conozcas onde es onde yo vivo...

—¡Ayayay!... Seré yo... —Y sentía la chica sobre todo su cuerpo el deseo del macho. Su carne contestaba, pero un instinto de defensa la hacía disimular, aunque sin darse cuenta. ¿Cómo iba a darse cuenta si sólo presentía la necesidad de esquivar a quel tipo perdido?

I. olfateó el hombre y se atrevió:

—Y si te gusta... ¡te quedas pa vivir conmigo!

—¿A vivir contigo?... ¡Seré yo!...

Han acabado el desayuno. Golpea Huerequeque un sol sobre la mesa. Eusebia va a la puerta. Allí está Artemio en postura indagante; se muerde los labios y luego guiña un ojo: —¡Cuidao Usebia con los convites d'este! — y agresivo y burlón aborda a Huerequeque:

—¿A quien quitaste el tronco pa ponerte invitador?...

Algo le escuece al chico, y la Eusebia, sin saber por qué, esquiva los ojos.

Rondar doliente de azotacalles, en el que las pasiones atormentan la madrugada de la vida. Después, también temprano, el corazón se hace de piedra.

★

Unos días después, los hombres se detienen al paso:

—¿Tribuna?

—Todavía no ha salido.

Eusebia ha echado al diario su ropa dominguera. Está limpia y en un dedo le brilla una sortija de bisutería.

El mirar de la chica ha cambiado de expresión. Ha variado tanto, cuanto varía la mujer que siente que ya dejó de ser chiquilla. En esta vez no han sido las manos traviesas de un muchacho que haya querido pellizcar. Ha sido un hombre, y ha sido un hombre perdido y mujeriego, quien se ha fijado en ella. Ahora el deseo de recibir los manotazos de sus compañeros palomillas, se le troca inconscientemente, en el placer de sentirse deseada y en la necesidad de agradar. ¡Aquel don juan de barrio da un despertar torcido a la nueva mujer!

Para los ojos proletarios de Eusebia, nunca estuvieron bajo los telones de este teatro de la vida. Siempre supo que el hombre y la mujer ayuntaban, y que las madres guardaban nueve meses en su vientre a los hijos, pero este saber no había muerto su inocencia. Era el amor y eran sus corolarios, natural cosa de todos los días, que no se ocultan en la vida promiscua del pobre.

La malicia no cabe en la verdad. Pero ahora que avanza hacia las candilejas, siente que también hay algo entre bastidores. No sabe lo que es, ni lo comprende, pero la roncha del deseo pica amarga en su carne, y es que ya no es aquel deseo sano, robusto de salud, con el que en cualquier noche, sin comprender porqué, hubiera podido quedarse con Artemio; sino un deseo que busca para satisfacerse el camino tortuoso del disimulo, y en el que el cuerpo, sintiendo que es deseado, se pone como anzuelo tentador para el goce procaz.

Ha entrado la malicia. Y es que aquel hombre de arterias funestas, le ha encandilado el cuerpo, pero no le ha rozado siquiera el corazón. Destino turbio el de estos hijos, arrastrados al alúd de la calle. Parias también, e hijos de parias, son la gotera trágica que filtra el egoismo. Escurren de las vidas que la explotación tuerce en nudos de hambre, de cansancio, de desesperación. Gotas desventuradas sudadas por el dolor del hombre y valla amenazante para su grito legítimo de vida... Fecundar, concebir, ser creadores, cada gota de vida termina en rosas de prostíbulo o en los cactus sombríos de un penal.

Una mano tosca que golpea su espalda y un grito agudo en la oreja despabilan a Eusebia.

Hay a su lado un rapazuelo.

—¿ quién esperas? ¡Van a dentrarte moscas por la boca!

Eusebia vuelve en sí... Todavía repite mentalmente la tentadora invitación:

—"A las seis y media en la plazuela de Vuerbo. ¡Dan Tarzán!

La cholita ha resuelto ir. Dirá en la casa que demoró la venta de la tarde.

★

¡Qué calor hacía en la sala del cine! Así era siempre que daban la serial. En la oscuridad se apiñaban las gentes sobre las bancas modestas, y las exclamaciones ante el Tarzán desnudo y musculoso que pasaba columpiándose de árbol a árbol, se mezclaban a la música con que desde un charango el pianista acompañaba la película.

Eusebia sintió sobre su muslo lo duro la mano caldeada de Huerequeque. Palpitaron sus senos apresuradamente. Por el telón corría el hombre fiera, cubierto por un trozo de piel, pero los ojos enturbiados de Eusebia veían como a través de un vértigo... El charango sonaba sin cesar y sonaba el motor al rodar la película...

Han salido del cine y la quiquilla trota al lado de Huerequeque, cuyo paso precipitado la fatiga. La luz voltaica refleja oro en los charcos y los automóviles lo salpican como cieno, en las ropas de los viandantes.

—¡Ya es tarde, Huerequeque, ya me voy!

—Espera qu's aquí, en Guenos Aires onde yo vivo. ¡Pa que conozcas, nada más!

Y el deseo del rufo tira también de las carnes de la chica.

Como una cinta sucia se alarga el callejón, cobijo de miseria. Hay dos vecinas en la puerta, y Huerequeque, con voz dura, advierte antes de atravesar la calzada:

—Al frente es, y vas a venir conmigo... ¡Sin hablar!

—Yo no voy a dentrar —protesta la chiquilla, intentando detenerse, pero ya Huerequeque se ha echado al medio de la calle, arrastrándola del brazo.

—Vamos y calla —le contesta impaciente.

Eusebia no se atreve a resistir, pero ¡cuánto le pesa no sólo el haber ido, sino hasta el primer día en que le habló al Huerequeque! Sin embargo, como una autómata, va tras él.

Bajan las gradas de madera podrida que hay junto a la puerta y ante ellos corre largo el callejón semisilente. Las ropas recién lavadas penden, como fantasmas blancos, de los cordeles, que apuntalados por cañas huecas, van de una pared a otra. Las sábanas preñadas de aire, bambolean al hinchazón de sus vientres, mientras vuelan sus sombras imprecisas a la luz de un foquito que en el cruce de varios vericuetos deja caer la debilidad de sus treinta y seis bujías. Chorrea el caño sobre un balde en el inmundo botadero. Las miasmas abonan de males la miseria. Casas de vecindad, madrigueras de las ratas humanas. Aquí y allá bifurcan los ramales del callejón como senderos fugitivos de pobreza. Puertas, puertas y puertas, y resquicios de luz en la semipenumbra... Atrás de ellas se aglomera la vida en hambres y epidemias. Allí se hacina la humanidad desmenuzada. Allí los pulmones suerben a bocanadas la tuberculosis. Mueren muchos, otros quiebran sus fuerzas al yugo del trabajo y hambrean algunos años más en la impotencia de volver a vivir. Corre el flagelo del dolor que parece abatirlos, pero son tantos, ¡tantos!, que aun es, sobre el cimiento de sus cuerpos sobre el que se levantan prepotentes la Vida y el Progreso.

Eusebia y Huerequeque han llegado a una puerta. Un candado sujeta las armellas. Hace la chica un último esfuerzo para resistir. Tartamudea: —¡Déjame, que me voy! Quisiera echar a correr, pero los ojos del hombre, chicos, saltones, furiosos como los de una víbora, no le dejan moverse.

El, que ya ha abierto el candado, la sacude de un brazo:

—Dentra... ¡dentra te digo! —y la arroja en la pieza oscura.

Va tras ella que, temblando, apenas ha sentido el olor húmedo del cuarto. Casi no ve... la cama... hay otra puerta al fondo y entre las sombras los brazos de Huerequeque que, con la fuerza de unos ganchos de fierro, se abrazan a su cuerpo.

—¡Déjame!... ¡Déjame!..

Pero el maleante es una fiera que se ha prendido de la chica... La deshacen sus brazos y la ahoga la presión de sus huesos que le aprietan el cuerpo. Siente sobre su cara, quemante de fuego, la piel de la del hombre.

Ella se escurre como puede.

—¡Quiero irme —clama empavorecida, a media voz. Se estrella contra algo y suena burlona la risa de unos frascos al romperse.

—¡Quiero irme de aquí! —y un temblor nervioso la sacude.

Huerqueque está ciego de lujuria.

—Ven p'acá, y le clava en los brazos sus dedos, como garfios, empujándola salvajemente

—¡No! ¡No!...

Eusebia queda en la cama, se midesnuda, y él se pone de pie.

—Y'ora — le dice — andavete si puedes.

Tiene ella una espantosa sensación física de vacío. Se encoge y se sacude entre las convulsiones de un llanto histérico.

—¿Y qué creías, insiste avieso Huerequeque, que por las puras te convidado tanto?

Suenan sobre las puertas tres puñetazos de una mano viril. Huerequeque, con un salto cauteloso de tigre, se pone junto a ella.

—¡Abre o llamo al guardián: Grita con fuerza la voz clara de Artemio. ¡Tu me conoces ya! ¡Abre te digo! ¡Y nuevos golpes quieren romper la puerta.

Quita el pestillo Huerequeque y un puntapié lanza la hoja hasta que crujen las visagras. Hay medio luz. Al borde de la cama, como una bestezuela asustada, está la Eusebia. Raspa un fósforo Huerequeque y al resplandor chispea la chaveta del Artemio.

—¿Qué le has hecho sinvergüenza?, le grita vibrando de coraje.

—Voy a enseñarte a que te metas en lo mío, so...

De un salto esquiva Artemio el puntapié.

—¡Aguarda! — dice — ¡A todo estoy dispuesto! Y he venido como hombre, con mi blanca, pero ay ajuera espera el guardia lo de ésta. Y trepida su voz al señalarla.

El rufián se detiene porque teme a la policía y porque sabe que esos chicos que viven bregando en la calle desde que dejaron de mamar, son capaces de todo, y que el continuo contacto con el peligro hace que no le teman.

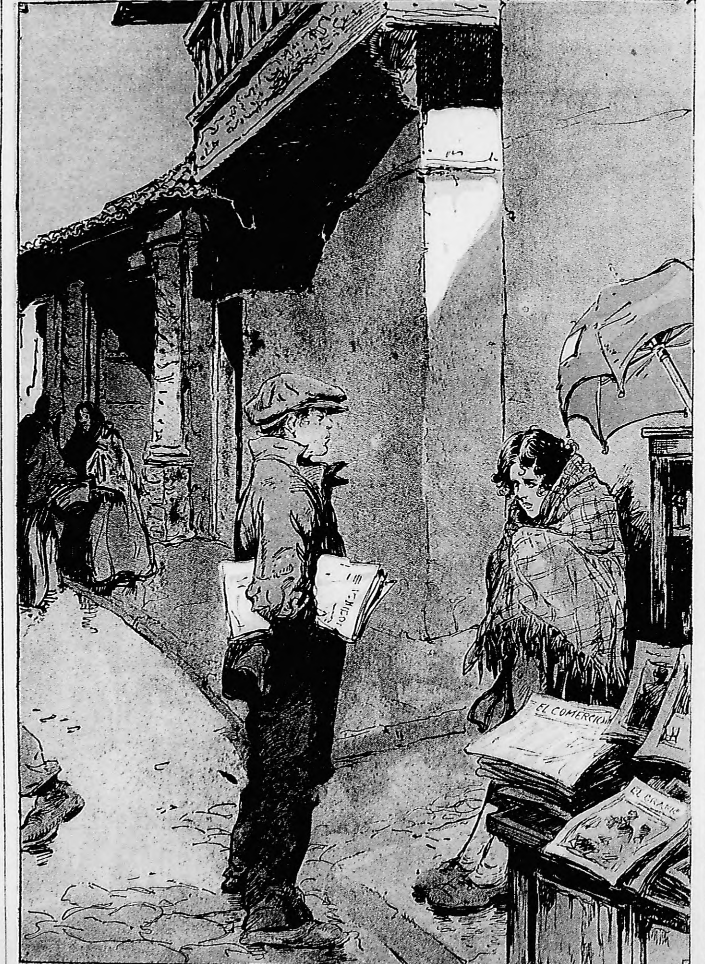
—Le he dicho — añade — que mi hermana se ha escapao... y que hay nomás se espere, por si no quiere regresar. Conque... Vamos Eusebia, y señala la puerta.

—Ya me las pagarás, vocifera el otro.

La cholita llora mientras sus manos intentan unir las ropas rotas.

—Y'ora donde voy yo Artemio?

—Ora tú eres pa'mí hermanita. Y la saca consigo. Vamos primero a tomar un café y después a dormir onde yo duermo ...¡Al patio de la inprenta!



LA UNION POSTAL

Por

Francisco Rufus Bellamy

AL echar al buzón una carta para el extranjero, con un sello de cinco o diez centavos, Vd. toma parte en la más civilizada actividad, tal vez, de su vida. Un alemán llamado Enrique von Stephan es responsable.

Stephan fué el primer director de Correos de la Confederación Alemana del Norte. Cuando se hizo cargo de su puesto en 1866, enviar cartas al extranjero era como jugar con Alicia en el país de las maravillas. Era imposible reglamentar nada. Si su abuelo, por ejemplo, quería escribir a Berlín desde Nueva York, le costaba 90 céntimos enviar la carta por un buque alemán o 1 dólar 2' por un barco inglés. Si vivía en Méjico y recibía una carta de Londres, pagaba al correo mejicano 1.45 al recibirla. Una carta de Berlín a Roma costaba 68 céntimos cuando pasaba por Suiza y 90 a través de Francia. Cartas para Rusia iban por trece rutas distintas, diez de las cuales tenían precios diferentes. Seis eran las vías para Australia, con precios que variaban desde algunos centavos hasta un dólar.

En esta situación, Stephan convocó un congreso internacional para considerar una propuesta. El congreso se reunió en Berna, Suiza, y al fin de 24 días aceptó todas sus propuestas. La Unión Postal Universal es el convenio internacional de mayor trascendencia que la idea de un hombre solo haya realizado. Hoy, las mismas bases que Stephan dictó a Europa y Norte América, rigen to todos los países del mundo.

Por eso, en este año de 1934, se encuentre usted en Timón o Titusville, puede dirigir una carta a cualquier país remoto y estar seguro de que recibirá el mismo rápido y respetuoso tratamiento reservado antaño al correo real de un César. Se esté en Nanking o en Nome, el procedimiento es el mismo: pegar un sello de cinco céntimos o su equivalente — color azul. (La única excepción es la del arreglo de las Américas y España explicado más adelante). ¿Quién recibe los cinco céntimos? Sin excepción, el correo donde se compran los sellos. ¿Quién garantiza la transacción? Nadie. Cada nación libra y recibe en sus propias oficinas la correspondencia que viene directamente de cualquier país.

Tal vez, su carta va dirigida a alguna provincia remota, por ejemplo, el Congo Belga. No importa. Hay una guía señalando el sitio exacto de cada una de las 265.000 oficinas de correo de todo el mundo y otro grueso volumen con el recorrido, por tren o vapor, para llegar a ellas. Aunque su carta tenga que pasar a través del servicio postal de varios países, los salvará sin inconveniente y rápidamente será llevado a su destino.

Sólo una vez cada tres años, la cuestión "plata' invade este paraíso cooperativo. Sucede por la necesidad de llevar correspondencia de un país a otro a través de un tercero. Esto no es estrictamente un servicio mutuo y para compensar a la tercera nación por facilitar este "correo de tránsito", el dinero tiene que cambiar de mano. Para saber la suma, cuatro semanas se dedican a eso cada tres años, en las que cada bolsa o efecto de correspondencia es pesado o contado: por el remitente, el intermediario y el recibidor. Cada saco recibido desde afuera que ha tenido tránsito es clasificado y pesado. El resultado completo de estas transacciones va a la central de la Unión Postal en Berna.

Una vez que están ahí todas las estadísticas, los impuestos son computados por la oficina de Berna sobre una base anual. Cuatro semanas — el período estadístico — multiplicado por trece (13), da la contribución anual que cada país debe pagar durante los tres años siguientes a cada país que entrega el correo de tránsito. Todos los gastos se computan en francos oro y se pesan por el sistema métrico. Francés es el idioma oficial.

Como resultado de la uniformidad del sello de cinco céntimos, la población del mundo cambia un billón y medio de cartas de primera clase por año baratamente y sin riesgo.

En esta carrera, Estados Unidos encabeza la lista. Figura con 191 millones de cartas. Después los países que más escriben en el mundo son Inglaterra, Franca y Alemania. Inglaterra a la cabeza y los otros dos a la par, Japón y Austria, luego Italia. La sola ciudad de Singapore envía tantas cartas al extranjero como todas las Rusias: medio millón al mes. Bélgica escribe tres veces lo que escribe el Brasil.

La oficina de Berna se mantiene hace más de 50 años. Su costo es de 100 mil millones de dólares anuales, de los cuales contribuímos con dos millones en el año 1933. En estos cincuenta años, ocho congresos postales han tenido lugar. Se han hecho arreglos privados dentro de la Unión.

Uno de los más conspícuos de estos arreglos fué la firma del Pan-Americano y América Española entre E. Unidos, España y países del Hemisferio Occidental, en los cuales ha quedado abolido el derecho de tránsito.

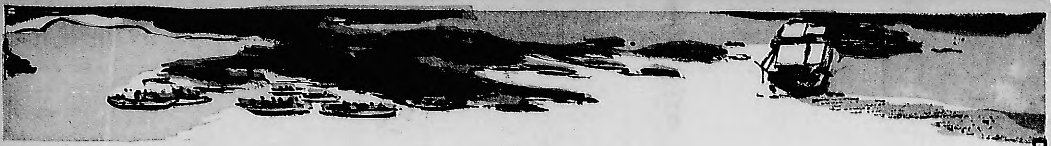
Las cartas son libres como pájaros. Recuerde esto cuando escriba a la América Latina. Los impuestos de tránsito han sido abolidos principalmente por las quejas hechas por la Argentina. Ningún país está más al sud que ella — excepto el Polo Sur —, y la Argentina nos envía doble correo que el que nosotros le enviamos.

El desarrollo del correo aéreo es el más moderno de los acuerdos. Ahí no hay fronteras por mutuo consentimiento. No hay más que correo. Vuela inviolado sobre todas las tierras. El mundo se vuelve tan familiar como la huerta de nuestro vecino.

Donde este nuevo correo alado llegará, nadie puede saberlo. Pero una cosa es cierta: la Unión Postal Universal es el primer experimento con completo éxito en materia de cooperación internacional.

Stephan murió en 1896. El género humano aparece considerablemente menos desorientado porque una vez él vivió.





Decadencia de la Antropofagia

POR
THOMAS ADDINGTON VANE
ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

★

UN caballero elegante, rollizo, aristocrático, que presentaba a primera vista una topografía escarpada — gran nariz, pecho más o menos llano sobre un apreciable abdomen bien acondicionado en pantalón de buena tela— y que terminaba por abajo en polainas grises y por arriba en sombrero de copa, se quedó mirando a un joven delgado y pálido, que caminaba con ritmo y movía el mórbido cuello con gracia, como un cisne. Hablaron dos o tres palabras y desaparecieron por la calleja. El joven delgado y pálido, que caminaba con ritmo y movía el mórbido cuello con gracia, no volvió a aparecer.

Ya veo que es el momento de hacer una aclaración. No quiero que el lector me suponga capaz de insinuar algo innoble. ¡Dios me libre de semejante cosa! Bastó que yo mencionara un caballero de apariencia aristocrática y un joven apolíneo que movía el cuello con gracia, para que la voraz curiosidad de los lectores, o su fantasía enfermiza, imaginara quién sabe qué aberraciones, que estuve muy lejos de abrigar en mi pensamiento. No; no quise caracterizar con ese "faenum habet in cornu" a un miembro del Club de los Antropófagos, ni al joven como una nueva víctima de esas prácticas incorrectas. Mi objeto era constatar simplemente el hecho y una vez efectuados los estudios que me propongo seguir, averiguar si efectivamente puede suponerse el episodio como un acto de precanibalismo.

Personalmente, yo estoy en contra de la antropofagia y cada vez que he visto delante mío... Pero no nos adelantemos a las conclusiones.

Debemos eludir en este examen aquellas obras donde la antropofagia ha sido incluída con simple intención humorística, o donde se la ha supuesto practicada de manera inverosímil. Tomemos por ejemplo "Los Cantos de Maldoror". Su autor era un joven francés, enfermo, desconocido y pobre, circunstancias que lo llevaron a exagerar de un modo morboso el odio que toda persona bien nacida debe experimentar por el género humano. De tal odio nació tal libro, expresión romántica de la revuelta contra el mundo, con que se propuso, además, horrorizar a sus lectores. Y creo que el melancólico señor de Lautreamont lo consigue. Pero lo que nos interesa no es esto. En un capítulo supone a Dios practicando la antropofagia. Y aquí es donde yo opongo mi veto y mi más enfática protesta. Como rasgo humorístico, aun siendo discutible su buen gusto, puede aceptarse; pero en cuanto a la lógica y a la teología es inadmisible. Dios es absoluto. Pues bien: en su carácter de absoluto no puede hacer una serie de cosas que pueden hacer los hombres: no puede enamorarse, por lo pronto, pues el amor es una dualidad; no puede tener deseos, sacrificarse, o gozar; no puede, finalmente, tener hambre. El hambre, pues, y una de sus más vituperables consecuencias, la antropofagia es un privilegio del hombre.

Cuenta Voltaire que en 1737 llevaron a Fontainebleau algunos nativos del Mississippi. No nos dice nada sobre sus gustos musicales que, entre hombres que vivían en las orillas del río sonoro, debían estar muy adelantados. Y nos imaginamos, por otra parte, muy difícilmente a Voltaire entusiasmodao, zapateando y cantando: "¡Dinah—is there any one finer—in the state of Carolina!"; pero asegura que interesándose por conocer las costumbres gastronómicas de aquellos países, interrogó a una de las mujeres y ésta le contestó que comían carne humana. No se escandalizaba por esto Voltaire, pues el propio pueblo de París se había almorzado, hacía poco tiempo, al mariscal D'Ancre.

Interesante es también lo que cuenta Marco Polo. Este Polo, que andaba siempre por el Ecuador, refiere que en el Mar de las Indias había islas pobladas de negros que comían hombres.

El obispo O'Hara cuenta que en la isla de Papeete el "plat du jour" fué en cierta ocasión un adventista del séptimo día, y que estuvo tan sabroso que no duró ni dos. Confiesa que no participó del banquete más por razones de secta — él era metodista, y de acuerdo al rito, comérselo hubiera sido un homenaje y casi una conversión al adventismo — que por falta de apetito.

Es sabido además que en Oceanía se denomina "lechón largo" al misionero y "lechón corto" al vulgar.

San Clemente dice que siendo joven vió en las Galias a escoceses que devoraban, como plato elegido, nalgas y otras partes sustanciosas de jóvenes y doncellas. No sería difícil que la costumbre actual de los escoceses de andar con pollera corta viniera de una primitiva moda de algunos envanecidos jóvenes, que considerándose digeribles, anduvieron pavoneándose y mostrando sus partes apetitosas a los fuertes guerreros.

Pero dejemos estas referencias históricas y veamos el mundo moderno. Afirmo rotundamente que cada vez que se observa la desaparición de un niño o de un joven se trata de un caso de antropofagia. Antes de llegar a la revelación que es el objeto de este ensayo, analizaré sus antecedentes en los Estados Unidos. El espíritu fanático del pueblo americano facilita estos excesos. "La Sociedad Amigos del Rumiante", constituída para luchar contra el consumo de la carne de vaca, llegó a extremos tan absurdos que sus miembros tomaron al género humano un odio rayano en el canibalismo. Es verdad que "The Knights of Dinner" les opusieron todas sus fuerzas y que la policía de Missouri debió intervenir cada vez que los miembros de los clubs rivales se encontraban. Debemos sin embargo considerar como calumniosa la especie que se lanzó sobre los primeros diciendo que en la reunión anual el vicepresidente lanzó una moción pro canibalismo. Sería tener una pobre idea de los procedimientos elusivos que se emplean en los Estados Unidos para violar las leyes, suponer una moción tan franca, tan sensata, propia de nuestras costumbres inglesas. Probablemente es el canibalismo una práctica corriente entre esos señores Amigos del rumiante. Pero será una práctica disimulada. Estoy de acuerdo en que hay que desconfiar de esas amistades con rumiantes, [illegible] de ciudadanos que antes han dado pruebas de una filantropía normal. Toda amistad con animales debe interpretarse, según Roberts, como una alianza contra la parte restante del género humano. Hay argumentos, pues, para suponer que esos Amigos del Rumiante son caníbales. Pero no nos interesan estos "dilletanti" que están tan poco seguros de la legalidad de sus prácticas que las disfrazan bajo [illegible] más o menos despistadores.

Más verosímil es esa sorda campaña pro canibalismo que la Sociedad de misioneros y mártires cristianos", desarrolla en las islas del Pacífico con el objeto de encontrar para sus miembros modos de existencia y justificarlos ante la opinión pública.

La pretendida decadencia de la antropofagia, por otra parte, está compensada por una mayor preocupación de los estudiosos y de los fisiólogos. Ya veremos cómo ha sido fundamentada por los sabios. Ahora estudiemos someramente su aparición en la literatura. Desde Edgar Poe son muchos los escritores que la han tomado como motivo para sus obras. Y los modernos autores han encarado el problema con toda decisión. Ya que la literatura, sobre todo en Norte América, es cada vez más realista. Veamos un antecedente: Las Aventuras de Arturo Gordon Pym.

"Ningún retardo era posible, y sintiendo mi corazón escaparse del pecho avancé hacia el castillo de proa, donde me esperaban mis compañeros. Presenté la mano con los palillos y Peters tomó uno inmediatamente. ¡Estaba libre! Ya tenía una probabilidad menos contra mí. Augusto tomó otro y quedó igualmente libre; y las probabilidades de vivir o morir eran iguales para mí. En este momento toda la ferocidad del tigre se apoderó de mi corazón y sentí contra Farker, mi semejante, mi pobre camarada, el odio más intenso y diabólico; pero este sentimiento se disipó pronto y con un escalofrío y los ojos cerrados tendí hacia él los dos palillos restantes. Pasaron cinco minutos que empleó en contemplarlos y, durante este siglo de indecisión, no abrió ni una vez los ojos. Tiró al fin uno de los palillos. La suerte estaba decidida; pero no sabía si había sido favorable o adversa.

Nadie decía una palabra y yo no me atrevía a salir de mi incertidumbre, mirando el pedazo que me quedaba. Peters me estrechó al fin la mano, y entonces vi en la fisonomía de Parker que me había salvado y que él era la víctima condenada. Respiré convulsivamente y caí sobre la cubierta sin conocimiento, pero volví en mí a tiempo para ver el desarrollo de la tragedia y asistir a la muerte del que, como autor de laproposición, era, por decirlo así, su propio verdugo. Parker no hizo la menor resistencia, y herido en la espalda por Peters, cayó muerto en el acto. No insistiré sobre el terrible festín que siguió. Estas cosas todo el mundo puede figurárselas, y las palabras no tienen virtud suficiente para descubrir todo el horror de la realidad. Baste decir que después de haber apagado nuestra sed con la sangre de la víctima, echamos al mar las manos, los pies y la cabeza, así como las entrañas, y devoramos el resto del cuerpo, pedazo por pedazo durante los días memorables que siguieron, esto es, 17, 18, 19 y 20 de julio".

El ambiente de puritanismo existente en el momento en que fué escrita esta novela obligó a Edgar Poe a destacar el horror del acto que describía.

Estudiemos ahora un fragmento donde la libre expresión no está entorpecida por prejuicios del ambiente. Veamos un fragmento de "Hambre en la Noche", de John Flanagan: "Jack y Tom salieron. El gordo Flag los siguió arrastrando las nalgas. Joan los miró con sus ojos rojizos de huevo revuelto. Al amanecer volvieron. Jack traía su cigarrillo en una esquina de la boca; Tom traía un niño. Joan se tapó los ojos. Una hora después se acercó merodeando como una gata. Le alcanzaron un plato."



¿Por qué es realista este fragmento? Entre la expresión y el fondo, opto por el segundo. La utilización de una conducta posible, aunque reñida con nuestras costumbres actuales, como la antropofagia, es lo que da un fuerte tono realista al trozo transcripto.

Pero el primer libro especialmente dedicado al asunto es los "Cherubinische Blaetter", de Friedrich Avenarius. En la edición confiscada en 1925 existía un capítulo en el que se fundamentaba el canibalismo. Con una honestidad intelectual que lo honra, Avenarius estudiaba el problema desde un punto de vista fisiológico. Su demostración puede resumirse así: dado un individuo que devora a otro, ¿qué sensación experimenta? Si lo hace en un momento de necesidad imperiosa no cabe duda de que cumple ciertas exigencias fisiológicas que permanecen fuera del dominio de la razón. Pues bien: todo cumplimiento de una necesidad supone un placer. Luego, en el momento que un hombre hambriento devora un niño, experimenta un placer semejante al que una persona muy hambrienta puede sentir al devorar un pollo. Se trata de averiguar en qué consiste que este gusto no adquiera la normalidad de una costumbre. Simplemente, que cada vez que un hombre civilizado se ha visto en la obligación de devorar a un semejante, ha sido en circonstancias extraordinarias. Si la escasez de alimento hubiera persistido, no podemos aventurar sus consecuencias. Probablemente se hubiera hecho una costumbre tan regular y doméstica como la de comer Apple Pie.

Pero no se queda en esto Friedrich Avenarius. Es sabido que fué influenciado por Nietzsche. Su teoría es esta: la única forma de lograr el super hombre es volver a las antiguas prácticas de la antropofagia. Es inútil que transcribamos "in extenso" el capítulo. Nos bastará hacer un resumen. Sus argumentos se remontan a la mitología y a la historia. Los cíclopes, dice, se alimentaban de carne humana. Se discute si los judíos practicaban o no la institución. Hay un capítulo del Deuteronomio que arroja una luz sobre el problema. En él se amenaza a los judíos con la posibilidad de que tengan que comerse a sus hijos en caso de que no cumplan las sagradas leyes. "La recta interpretación es ésta — dice Friedrich Avenerius —: se amenaza a los judíos con algo que a ellos especialmente les era odioso: comer la carne de sus hijos; pero ¿por qué? Porque ellos no podían comer carne de cerdo, y no hay nada más parecido a la carne de cerdo que la carne de un judío, sea grande o mediano. Era pues una amenaza puramente particular. ¿Acaso se dice que deberán comer carne de cananeos? No; porque esto no sería un horror sino un placer. Y lo prueba el hecho de que el profeta Ezequiel, según sus comentaristas, promete a los hebreos que si se portan bien en la lucha contra los persas podrán comer carne de caballo y de caballero".

Según Marco Polo — continúa Avenarius — los sacerdotes de Tartaria tenían derecho de comer carne humana. Los salvajes del Brasil se alimentaban de sus prisioneros y eran de una fuerza hercúlea. Y la razón fisiológica es muy simple. La civilización ha complicado los alimentos de una manera perniciosa para la salud; el estómago del hombre debe acostumbrarse a digerir cosas heterogéneas que hacen trabajar con exceso sus glándulas y terminan por enfermarlas. Mientras más complicada es una cocina, más se observa la decadencia de la raza. El dilema es bien claro: o decadencia de la antropofagia o decadencia de la raza.

Estos argumentos son en cierto modo confirmados por el doctor Keimádelos, de Atenas. Este médico no nos propone simplemente comer a nuestros hijos; pero formula una sutil teoría sobre el metabolismo. Dice que todo alimento es carne humana, que cualquier verdura se convierte en grasa y cualquier pollo en biceps. La conclusión es obvia: un simple prurito de economía fisiológica nos aconseja devorar a nuestro primo Raúl.

Por cualquier lugar, pues, aparecen estudiosos de la antropofagía y si afinamos nuestro espíritu veremos en todas partes alusiones a esa gran institución antigua. No digamos esas manifestaciones que están al alcance de cualquier curioso, como el "te comería" de los enamorados, que si bien expresa un deseo sincero, resulta siempre desnaturalizado por sentimentalismos y bajos impulsos sexuales.

La antropofagía, se dice está en decadencia. Pero hay decadencias que honran y catástrofes gloriosas. Trasciende más poderosa sugestión la belleza crepuscular de una dama que ganó muchas batallas para el amor, que el indescifrable, sonrosado y olvidable rostro de una adolescente. Y si no ¿qué es mejor? ¿asistir al glorioso derrumbe del imperio británico o al florecimiento de una perdida republiqueta sudamericana? ¿El dominio de una invisible isla del Pacífico o el restringido derecho de un invisible ciudadano de París sobre el boulevard Poissonniere? Así la antropofagía está en decadencia; pero aquí y allá espíritus selectos guardan su fuego sagrado, espíritus que desoyen los mandatos del materialismo moderno, y ansían el retorno de una edad de oro. Ha llegado, pues, el momento de que revele el objeto de este artículo: la existencia del Club de los Antropófagos. Tuve ocasión de asistir a la cuarta reunión anual y las impresiones recibidas no son para escritas ni contadas. Quedé tan apabullado por la lógica, la perfecta armonía y el espíritu filantrópico de sus integrantes, que durante mucho tiempo no pude sino entregarme de lleno a la admiración de las nuevas teorías, que escuché fundamentando ese viejo placer. No copiaré integramente el menú, que según pude comprobarlo, significaba un verdadero derroche de imaginación. Allí, junto a los platos livianos, austeros, a las meras fantasías culinarias, propias de una fértil imaginativa, brillaban el "Baby Leroy en Casserolle", el "Petit Bonhomme en Aspic", el "Filet d'un amour de jeune fille" y las más audaces concepciones, para gustos muy estilizados, como esa "Demi-Vierge a la Bourgognonne" que hubiera dado envidia al más rebuscado fisiólogo del gusto, y que constituían un esfuerzo ponderable, no sólo por su sabio y cuidado aderezo, sino por las dificultades de su adquisición, pues supongo que es más fácil acceder a tomar parte del festín como comensal que bajo la fragmentaria apariencia de "Hors d'oeuvre".

Voy a ofrecer al lector una muestra de esas teorías deslumbradoras en la forma del discurso pronunciado por el Presidente Lord L. Lo he reconstruído recordando sus frases principales, en vista de que el original fué reservado por el propio orador, con una modestia ejemplar.

Estoy persuadido que el lector no va a tener sino una mediocre prueba de su estilo, pues mis conocimientos literarios me inhiben de aspirar a la reconstrucción perfecta de una pieza oratoria de tal calibre. Su justeza y su vuelo lírico (con algunos tirabuzones y "loopings" propios de la retórica simbolista) fueron tan arrebatadores y convincentes que yo, no encontrando entre las palabras inglesas nada que expresara mis sentimientos, recurrí a mis viejas nociones escolares y comenté: "Ore rotundo", como diría Horacio. Escuchad el discurso:

"Supongamos, queridos consocios, que yo soy Simón Pedro y que veo el firmamento abierto y que un gran mantel desciende a la tierra desde los cuatro rincones del cielo lleno de animales terrestres de todas clases y oigo una voz que me dice "mata y come" (Actas de los Apóstoles, Cap. X). ¿Deberé desoír ese mandato? ¿Deberé despreciar un plato exquisito cuando la casualidad me lo ofrezca? ¿Deberé hacer una especiosa distinción donde la ley no distingue? ¿Hablan acaso esas Actas de animales que no sean hombres? Además soy un creyente y no desoigo las palabras de San Pablo: "Lo que se come no es lo que nos hace gratos a Dios. No seremos mejores ni peores a sus ojos si comemos o si no comemos" (Epístolas a los Corintios).

Ya es tiempo, queridos consocios, que lancemos a los cuatro vientos el grito de liberación. La cobardía y la superstición han conspirado hasta hoy contra nuestras costumbres. Sabido es que los Bramanes fueron los primeros que impusieron la ley de no comer ningún animal, pues creían, y lo ha dicho un gran filósofo, que las almas pasaban y volvían a pasar desde los cuerpos humanos a los de las bestias y no querían exponerse a comer a sus parientes.

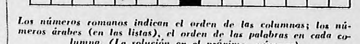
Pero la cobardía ha producido mayores males. Digo y afirmo que los hombres comen corderos y pollos por cobardía. Se aprovechan de que estos animales no pueden manifestar su opinión en contra. Pero si los corderos y los pollos pudieran ser escuchados antes del correspondiente asador, los hombres dirían que es inhumano comerlos. ¡Rompamos con estas cobardes costumbres! ¡Comamos niños si nos gusta! Y no olvidemos las necesidades vitales, después de los argumentos teóricos. Yo tengo hambre, un hambre ancestral. Lo trato de engañar con verduras, con pollos; pero el hambre me contesta un dubitativo "¡Oh, yes!"

Ahora ya sabes, lector, lo que hizo el caballero aristocrático con el joven delgado y pálido que caminaba con ritmo y movía el mórbido cuello con gracia: Se lo llevó, lo engañó y se lo comió.



Crúcese de Palabras

Por CRUZ DIABLO



Los números romanos indican el orden de las columnas; los números árabes (en las listas), el orden de las palabras en cada columna. (La solución en el próximo número)

VERTICALES

I — 1 En la nariz.

II — 1 Tributario del Balkach. 2 Camilla del Mihura. 3 Planta con parasol.

III — 1 Nota. 2 Pista. 2 Primera conjugación.

IV — 1 Sobre las olas. 2 Antes de tilegio y de bona. 3 Entre gota y mar.

V — 1 Lauràcea. 2 Cincuenta. 3 Automáticos.

VI — 1 Sustantivo tilingo. 2 Clase de papas.

VII — 1 Preposición. 2 Tor. 3 Paso de ébrio.

VIII — 1 Parecidos al bisonte. 2 Jota. 3 Dinastía china..

IX — 1 Uno. 2 Anacoreta. 3 Partícula negativa.

X — 1 Mortificará. 2 Morcilla.

XI — 1 Acacia. 2 Piano. 3 En el pantalón.

XII — 1 Nariz. 2 ...para creer. 3 Una vez al año.

XIII — 1 Voz que repetida se utiliza para arrullar a cierta clase de monos. 2 Compositor checo (1824-1884). 3 Orden.

XIV — 1 Antiguamente acuá. 2 Interjección médica, 3 Antes postigo.

HORIZONTALES

I — 1 Bienaventuranza budista. 2 Magnetizar.

II — Garufa griega. 2 A veces o 3 En Burgos.

III — 1 Bueno. 2 Amigos de Lutero. 3 A o uno.

IV — 1 Cero. 2 Seudónimo. 3 Regla.

V — Dios casero. 2 Planta viscosa. 3 Rojo, negro amarillo.

VI — 1 En Zaragoza. 2 Arbol del Senegal. .3 Iinterpección. 4 ... vidi, vici.

VII — 1 Medio tono más bajo. 2 En compota. 3 Ciruja francés (1674-1750).

VIII — 1 Casar. 2 Antigua ciudad y dinastía. 3 Marco alemán. 4 Río en Guinea.

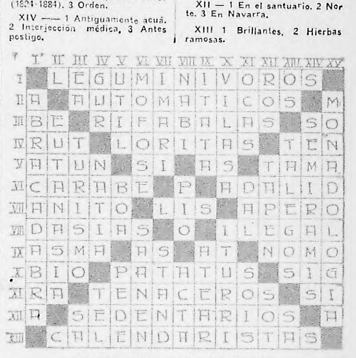
IX — Artculo. 2 Lepidópteros trasnochadores. 3 Compasivo con los animales.

X — 1 As. 2 En la claraboya del templo. 3 Radio.

XI — 1 Sol egipcio. 2 Dicotiledóneos. 3 Do.

XII — 1 En el santuario. 2 Norte. 3 En Navarra.

XIII 1 Brillantes. 2 Hierbas ramosas.



	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV
I	■	L	E	G	U	M	I	N	I	V	O	R	O	S	■
II	A	■	A	U	T	O	M	A	T	I	C	O	S	■	M
III	B	E	■	R	I	F	A	B	A	L	A	S	■	S	O
IV	R	U	T	■	L	O	R	I	T	A	S	■	T	E	N
V	A	T	U	N	■	S	I	■	A	S	■	T	A	M	A
VI	C	A	R	A	B	E	■	P	■	A	D	A	L	I	D
VII	A	N	I	T	O	■	L	I	S	■	A	P	E	R	O
VIII	D	A	S	I	A	S	■	O	■	I	L	E	G	A	L
IX	A	S	M	A	■	A	S	■	A	T	■	N	O	M	O
X	B	I	O	■	P	A	T	A	T	U	S	■	S	I	G
XI	R	A	■	T	E	N	A	C	E	R	O	S	■	S	I
XII	A	■	S	E	D	E	N	T	A	R	I	O	S	■	A
XIII	■	C	A	L	E	N	D	A	R	I	S	T	A	S	■

(SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR)



LA EVASION

CARLOS Pérez era hijo de la cocinera de una casa rica, que vivía a orillas del río en aquellos duros aledaños de una ciudad de provincia. Apenas aprendió a caminar, su madre lo dejaba solo. En cuanto su altura le permitió distinguir una claridad encantada que era como otro cielo, hubo de sentirse atraído por ella. Y así se le fué acercando, cierto día, hiriéndose los piecesitos todavía torpes en las tosquitas que erizaban la barranca. Aquella hazaña le costó una copiosa sangría que le empurpuró la carita. Pero, ¡qué maravilla! Aquella cosa azul que parecía tan lejana, ¡cerca ahora de él! Y esas cosas deliciosas de las cuales había una sombreando su casa, duplicadas aquí en una vaguedad temblorosa.

Una vecina alcanzó a verlo sobre la barranca que casi caía a pico, y le alejó presto del peligro llevándoselo a su rancho hasta que volviese la madre, con gran escándalo del barrio metálico y sucio que juzgó a la mujer una perfecta heroína. No en balde la criatura vió aquello. No le divertía ya la vista de los animalitos que en larga fila, afanosa y ondulante, portaban hojas frágiles de hierba que temblaban a una brisa imperceptible. Y habían perdido ya gusto para él la golosina habitual de la tierra que le tenía siempre con la boca lodosa, y el ruido de un tarro golpeado solemnemente con un palo. Nada, nada. Aquella claridad tan cerca de él, de la misma claridad de la que se combaba allá arriba, lejos, y todavía estremecida de transparente sombras con aquello maravilloso que se inflaba y se desinflaba morosamente, en fantasías moradas, Era lo que le atraía. ¿Cómo satisfacer su deseo? Llegó a saber cual era la hora propicia. Al mediodía, una mujer venía y lo llevaba a almorzar a su casa, situada a pocos pasos de allí. Después jugaba un rato con los chicos. Observó que todo el barrio entonces se quedaba silencioso. No se veía a nadie fuera de las oxidadas latas que servían de vivienda. Sus amigos más grandes se iban quién sabe dónde. Silencioso, él, entonces, se encaminaba a su casa, y de ahí a la barranca. Miraba, miraba. Resbalando e hiriéndose las manos, bajaba. Alargaba su manita. Tocaba aquello. ¡Oh, él conocía ese ruido! Pero él tenía el poder de hacer ondular esa cosa misteriosa que tenía a sus pies otra criatura que se alargaba y se contraía a su voluntad. El juego le embriagaba. Golpeaba tan ligero el agua que el reflejo se arrugaba en pliegues numerosísimos y la figura resultaba de un perfecto grotesco con la máscara cínica y pueril desgarrada por una mueca elástica de risa.

Así transcurrieron los primeros tiernos años de Carlos. Su madre murió teniendo el cumplidos los cuatro. Una señora elegantísima, la misma noche en que aquélla, asombrosamente quieta, estaba dormida en un cajón al fulgor de unas velas y entre algunas flores, llevóselo a su casa en un coche espléndido que fué todo un deslumbramiento para él. Aquello corría suave y sin casi ruido, encendiendo al camino de un lampo largo que oscilaba de vez en vez. ¡Oh, la molicie de la cama aquella noche! ¡La caricia de las sábanas suaves! ¡La blandura del colchón, la tibieza del abrigo! ¡Y el escalofrío de piel al otro día en el baño! Lo que no le pareció simpático fueron las mordeduras de un instrumento diabólico que un señor muy conversador y limpio manipuló sobre su cabecita.

Resultó una criatura casi blanca y de hermosos ojos que no se despegaban de las zapatillas flamantes.

Pero la señora empezó a demostrar celos furiosos de la pulcritud del guardapolvo y de la integridad de las medias cada vez que lo veía en trance de jugar solo a las bolitas sobre el mosaico espejeante. El, humilde, se avino a deambular melancólico a través de los corredores encristalados. Ni un pedazo de tierra desnuda en aquella casa, y no poderse agachar siquiera, ni tampoco correr a pesar de lo resbaladizo del piso! La señora cuidaba de la tranquilidad de su marido, un viejo empleado neurasténico y gruñón. No le eran asimismo permitidas las salidas a la vereda porque había "demasiado muchacho bandido en la calle". Eso sí, su ropa y su calzado eran cada vez de la mejor calidad. Le llevaban a la plaza los días de retreta, trajeado con los más finos paños y calzado con las más flexibles pieles, pero debía marchar adelante con paso casi militar, sin desviarse un ápice de la trayectoria que el matrimonio indicaba. Lo que importaba entonces era el paquetito de caramelos inicial con sus promesas de agridulces consuelos gustativos. ¡Con qué envidia miraba a los chicos que pasaban como saetas entre el gentío jugando "a los comisarios"!

Una tarde lluviosa la sirvienta lo llevó al cine. Vió agua, mucha agua: el mar. Vió arboledas. Y gentes que se movían en aquel ambiente libre. Vino triste. Se sentía como asfixiado. Los paseos en auto con la señora, "su segunda madre", lo entristecían. No era ya para él placer rodar en el coche muelle al crepúsculo, el interior iluminado. Apenas si una vez le fué dado entrever a través de la polvareda vespertina las arboledas huyentes y dislocadas, desde una de las avenidas suburbanas.

Aquella prisión encristalada y limpia empezaba a causarle horror.

¿Qué le importaban a él las ropas aseadas y finas, si sentía unas ganas locas de revolcarse en el pasto, de jugar con otros chicos entre la arena, sobre la tierra desnuda, tan deliciosa?

Una mañana frágil con escalofríos ya otoñales, la criada le invitó, aprovechando el sueño de la señora a subir a su habitación, emplazada sobre el techo de la casa.

El fino aire le besó la carita, le besó los ojos. Vió desde lo alto la mañana grande, verde y azul, temblorosa aun de un brillo húmedo. El río celeste, el horizonte boscoso. El río, el río...

A eso de las cuatro de la tarde venía el panadero con los bizcochos rituales. Cuando el portón, por descuido, estaba cerrado, solía él salir con la sirvienta a recibirlo. Aquella vez ocurrió tal. La mujer se fué adentro con la canasta. El repartidor hacía un recuento, vuelto de espaldas. Fuése, entonces, despacito y como alado hasta la esquina. Corrió dos o tres cuadras. Luego, con la mayor naturalidad, enfiló hacia los alrededores. La calle se perdía en el campo. Una alegría radiante, melodiosa, de pájaro, le hizo de improviso silbar.

Había llovido dos o tres días antes. Y la calle suburbana por la cual iba, con una cañadita en el centro, tenía una gracia enteramente agreste con las pequeñas barrancas que seguían las inflexiones del agua. Unos chicos, metidos hasta la rodilla en ésta, jugaban a los barcos, profundamente maravillados del encanto lento con que las embarcaciones eran impulsadas por la brisa sutil. Helo aquí sumado al infantil grupo extasiado. ¡Contacto delicioso del lecho áspero y del agua tibia! Una casi revelación táctil. Recuerdos vagos se mezclaban en sus sensaciones. Salió del pequeño arroyo y siguió caminando descalzo, los zapatos y medias metidos en los bolsillos del guardapolvo. Trababa casi un nuevo conocimiento con la dulce tierra, con las piedrecitas, con los pastos. Un potrerito todo iluminado de flores lo detuvo un momento. ¡Qué varios matices! Resultaría llena de pintas delicadísimas. Saltó como un galgo unas cañaditas. Bajó y subió barrancos ásperos que denunciaban la proximidad del río. Se encontró frente a un pradito que ondulaba en un terciopelo del verde más tierno hasta la suave barranca de aquél. Se tiró al suelo y dióse unas cuantas vueltas. Unas criaturas que se bañaban haciendo gran escándalo de agua y de risas, le vieron y le silbaron a coro burlonamente. No les hizo caso y se les aproximó, sentándose en la barranca. Miró el cielo. Se iba acercando. Arboles en la orilla opuesta, sauces grandes que le hacían señas amables con sus ramas altas que daban al agua... ¡Qué lindo sería subirse a una de ellas para mirar toda la isla y los campos lejanos! Arboles libres que le atraían como a un pájaro.

—Vamos a bañarnos, che — le invitaron los chicos.

No necesitó que se lo repitieran. En un santiamén estuvo desnudo. Y avanzó con el agua a la cintura hasta casi la mitad del río. Hundía la cabeza en el agua resplandeciente. Sentía en las venas una delicia vegetal. Palmoteaba. Ensayaba tenderse y el agua lo soliviantaba con una voluptuosidad que casi le hacía desmayar. Los otros chicos jugaban a asustarlo, zambullendo y trabándole las piernas. ¡Cosa extraña! No sentía miedo. Se sentía en el agua como en algo maternal. La ternura que le faltó aquí le lamía, quería como acunarlo en un mecimiento fresco y profundo en que parecía por momentos sentir como deseos de hundirse atraído por quién sabe qué voces misteriosas.

De improviso el agua se encendió en escamas matizadas. Tenía al alcance de las manos, cerca de los ojos, sedas, velos, gasas, como sólo debían verse en el paraíso de que le había hablado la señora. A un gesto suyo aquello se abría en círculos que ondulaban rojos vivos, rosas desvanecidas, lilas, verdes pálidos.

Despacio se había ido hasta más allá de la mitad del río. Estaba solo ahora. El agua le daba casi al cuello. Perdió pie. Un pozo probablemente. Desesperación. Se sintió levantado... Sus escapadas de la siesta al río. Su madre dormida entre cuatro velas. Un auto que corría en la noche. Su vida presa entre cristales escarchados. Su huída. Voluptuosidad de los pies fugitivos y descalzos. Las flores del potrerito...

POR

JUAN L. ORTIZ

Ilustración de Rojas

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim





